

LAS BUENAS OBRAS

Martín Lutero

1520

¡Jesús!

Al serenísimo e ilustrísimo Príncipe y Señor, Señor Juan Duque de Sajonia, Landgrave de Turingia, Margrave de Meissen, mi clemente señor y patrono.

Serenísimo, ilustrísimo Príncipe, clemente Señor, a Vuesa Merced ofrezco en todo tiempo previamente mis sumisos servicios y mi humilde oración. Alteza y clemente Señor, desde hace tiempo me habría gustado ofrecerle a Vuesa Alteza mis sumisos servicios y mi obligación con un obsequio espiritual como me corresponde. Mas considerando mis facultades, siempre me tenía por demasiado insignificante para emprender algo que sea digno para ofrecérselo a Vuesa Alteza. Empero mi clementísimo señor, Don Federico, Duque de Sajonia, Príncipe Elector del Santo Imperio Romano y Vicario, etc., hermano de Vuesa Alteza, no despreció, sino aceptó benignamente mi deficiente librito, dedicado a su Alteza Electoral, que ahora también se publicó por la imprenta, lo cual no había esperado. Por semejante ejemplo clemente me animé y me atreví a creer que tanto la sangre como el modo de pensar principescos sean del todo iguales, principalmente en clemente lenidad y bondad. Esperaba que también Vuesa Alteza, según su modo de ser, no desdeñaría esta humilde y sumisa dedicación mía. Para mí fue mucho más necesario publicarla que tal vez ninguno de mis sermones o libritos. Porque se ha suscitado la más grande cuestión de las buenas obras en las cuales se originan muchísimo más astucia y engaño que en ninguna otra cosa. En ellas el hombre simple es seducido muy fácilmente. Por esto, también nuestro Señor Jesucristo nos mandó que nos guardásemos diligentemente de los vestidos de ovejas bajo los cuales se esconden los lobos.

Ni la plata, el oro, las piedras preciosas, ni joya alguna se aprecian y se desdeñan de una manera tan variada como las buenas obras, que deben todas tener una clara y unívoca calidad, sin la cual son mero colorete, apariencia y engaño. Conozco a muchos y día tras día oigo de los que desprecian mi sencillez diciendo que sólo estoy componiendo tratados breves y sermones alemanes para los legos indoctos. No me impresionan. ¡Ruega a Dios que durante toda mi vida, con todas mis facultades, haya servido para la corrección de un laico! Me daría por satisfecho y daría gracias a Dios, dejando de buen grado que desaparezcan todos mis libritos. Dejo al criterio de otros si es un arte el componer muchos libros voluminosos y si sirve para el mejoramiento de la cristiandad. Pero creo que, si me gustara componer libros extensos según el arte de ellos, quizá me resultaría más fácil que a ellos conforme a mi manera de hacer un breve sermón. Si obtener fuera tan fácil como procurar, ya hace tiempo habrían vuelto a echar a Cristo del cielo y habrían volcado la misma silla de Dios. Si bien no todos somos capaces de escribir libros, todos

queremos juzgar. De todo corazón dejaré para cualquiera la honra de las cosas grandes y de manera alguna me avergonzaré de predicar y escribir en alemán para los laicos indoctos, aunque también para ello soy poco capacitado, sin embargo, me parece, que si hasta ahora nos hubiésemos ocupado más en esto y en adelante nos dedicáramos a hacerlo, resultaría para la cristiandad de no poco provecho y de mayor beneficio que los grandes y profundos libros y "cuestiones" académicas que sólo se tratan entre eruditos. Además nunca he obligado o rogado a nadie que me escuche o lea mis sermones. Libremente he servido a la iglesia con los dones que Dios me ha dado, cosa que también me corresponde; al que no le guste, puede leer o escuchar a otros. Tampoco me importa mucho que no me necesiten. A mí me basta y es mucho más que demasiado que algunos legos, y éstos principalmente, se dignen leer mis sermones. Y aun cuando no me impeliese otra causa, me sería más que suficiente el haber sabido que a Vuesa Alteza le gustan tales libritos alemanes y que Vuesa Alteza está muy ávido por conocer la doctrina de las buenas obras y la fe. Por ello, me corresponde en verdad servirle sumisamente con la mayor diligencia. En consecuencia, con humilde sumisión ruego que Vuesa Alteza de buen grado acepte esta dedicación mía hasta que, si Dios me da tiempo, pueda exponer totalmente el credo con una explicación alemana. Por esta vez quise indicar cómo debemos ejercitar la fe en todas las buenas obras y aplicarla y hacer de ella la obra principal. Si Dios lo permite en otra oportunidad, trataré del credo en sí, cómo debemos rezar o recitarlo diariamente. Con esto me encomiendo sumisamente a Vuesa Alteza.

En Wittenberg, el día 29 del mes de marzo de 1520.

De Vuesa Alteza

sumiso capellán D. Martinus Luther, agustino de Wittenberg.

LAS BUENAS OBRAS

1. Es necesario saber que no hay buenas obras sino las ordenadas por Dios, como tampoco hay pecados excepto los prohibidos por él. Por ello, quien quiera conocer buenas obras y realizarlas, sólo necesita conocer los mandamientos de Dios. Así lo dice Cristo en Mateo 16: "Si quieres ser salvo, guarda los mandamientos de Dios". Y cuando, en Mateo 19, el mancebo pregunta qué debe hacer para ser salvo, Cristo sólo le exige cumplir con los Diez Mandamientos. De manera que debemos aprender a distinguir las buenas obras por los mandamientos divinos, y no por la apariencia, grandeza o cantidad de las obras en sí, ni tampoco por el arbitrio de los hombres y las leyes y costumbres humanas, tal como vemos ha sucedido y aún sigue sucediendo, porque somos ciegos y despreciamos en mucho los mandamientos de Dios.

2. La primera y suprema de todas las buenas obras más nobles es la fe en Cristo. El mismo dice (Juan 6) cuando los judíos preguntaban: ¿"Qué haremos para poner en práctica las buenas obras divinas"? —"Esta es la buena obra divina, que creáis en el que él ha enviado". Sin embargo, ahora, cuando lo oímos y predicamos, lo tratamos con superficialidad, teniéndolo por cosa ínfima y fácil de hacer. Deberíamos, en cambio, detenernos mucho en ello y tratar de captarlo, pues en esta obra han de realizarse todas las obras, y de ella han de recibir, como un feudo, su carácter de buenas. Debemos destacarlo enérgicamente para que lo entiendan.

Encontramos a muchos que oran, ayunan, realizan fundaciones, practican esto o aquello, y llevan una vida respetable ante los hombres. Empero, si les preguntas si también tienen seguridad de que a Dios le place lo que están haciendo, responden que no, que no lo saben o que dudan de ello. Además, también entre los grandes sabios hay algunos que engañan proclamando que no es menester poseer seguridad, aunque por lo demás no hagan otra cosa que enseñar a hacer obras buenas. Pero mira, todas esas obras se llevan a cabo fuera de la fe. Por ello no son nada, y están del todo muertas. Pues según sea la relación de la conciencia con Dios y la fe, así serán las obras que resulten. Ahora bien: allí no hay fe ni buena conciencia frente a Dios. Por tanto a las obras les falta la cabeza, y toda su vida y bondad no valen nada. De ahí resulta que, cuando exalto tanto la fe y desecho semejantes obras incrédulas, me acusan de prohibir las buenas obras, mientras que, en realidad, yo procuro enseñar obras de la fe verdaderamente buenas.

3. Si sigues preguntando si tienen también por obra buena el hecho de ejercer su profesión, caminar, estar de pie, comer, beber, dormir y realizar cualquier clase de trabajo para la alimentación del cuerpo o el bien común; y si creen que Dios tiene contentamiento en ellos por esas tareas, notarás que dirán que no, y que de las buenas obras tienen un concepto tan estrecho que lo limitan al orar en la iglesia, al ayunar y al dar limosnas. Consideran que las demás obras son vanas, y que Dios no las aprecia. De este modo, gracias a su maldita incredulidad, reducen y disminuyen los servicios para Dios, a quien sirve todo cuanto se hace, habla o piensa en la fe. Así lo enseña Eclesiastés 9: "Ve con alegría, come y bebe, date cuenta de que tus obras ya son agradables a Dios. En todo tiempo sean blancos tus vestidos, y nunca falte unguento sobre tu cabeza. Goza de la vida con tu mujer que amas, todos los días de este tiempo incierto". "Que los vestidos siempre sean blancos" significa que todas nuestras obras son buenas como quiera que se llamen, sin diferencia alguna. Pero son blancos cuando estoy seguro y creo que mis obras agradan a Dios; así, el unguento de la conciencia alegre jamás me falta en la cabeza de mi alma. Así dice Cristo en Juan 8: "Yo, lo que a él agrada, hago siempre". ¿Cómo lo haría siempre, en vista de que comía y bebía y dormía a su tiempo? Y San Juan 11: "En esto conocemos que somos de la verdad, si podemos consolar nuestros corazones delante de sus ojos y tener buena confianza. Y cuando nuestro corazón nos reprendiere o remordiere, mayor es Dios que nuestro corazón. Y tenemos confianza de que cualquier cosa que pidiéremos, la recibiremos, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que le agradan", ítem: "Cualquiera que es nacido de Dios (es decir, quien cree en Dios y fía en él) no hace pecado y no puede pecar" (1ª Juan 3). ítem Salmo 33: "No pecará ninguno de los que en él confían". Y aun más en el segundo Salmo 14: "Bienaventurados todos los que en él confían". Si esto es cierto, todo lo que hacen ha de ser bueno y pronto les será perdonado lo que de malo hacen. Mas ahora mira por qué ensalzo tanto la fe e incluyo todas las obras y desapruero todas las obras que no fluyen de ella.

4. Aquí cada cual puede notar y sentir por sí mismo cuando hace algo bueno o comete algo que no es bueno. Pues, cuando en su corazón advierte la confianza de que la obra agrada a Dios, entonces es buena, aunque sea tan insignificante como levantar una paja. Cuando no hay confianza o cuando se duda, la obra no es buena, aunque resucite a todos los muertos, y aunque el hombre en cuestión se entregue a sí mismo para ser quemado. Esto lo enseña San Pablo en Romanos 14: "Todo lo que no procede de fe o se realiza en ella, es pecado". De la fe, y de ninguna otra obra llevamos el nombre al llamarnos creyentes de Cristo. Es la obra principal. Pues todas las demás obras también las puede realizar un pagano, un judío, un turco, o un pecador. En cambio, el poder confiar firmemente en que agradamos a Dios, esto sólo le es posible a un cristiano iluminado y fortalecido por la gracia. El hecho, empero, de que tales palabras parezcan extrañas y que algunos me llamen hereje por ellas, se debe a que éstos han seguido a la razón ciega y la teoría pagana. Han colocado la fe —no por encima de las demás virtudes— sino al lado

de ellas. Le atribuyeron obra propia, separada de todas las obras de las demás virtudes, cuando, en verdad, la fe sola convierte en buenas a todas las demás obras; las vuelve agradables y dignas por el hecho de que confía en Dios y que no duda de que ante él todo lo que el hombre hace está bien hecho. Hasta han despojado a la fe de su carácter de obra, más bien hicieron de ella un "habitus" como ellos lo llaman, mientras toda la Escritura no concede el nombre de buena obra divina nada más que a la fe sola. Por ello no es extraño que se hayan quedado ciegos y guías de ciegos. Y esta fe trae en seguida consigo el amor, la paz, el gozo y la esperanza, puesto que, a quien confía en Dios, a éste le da pronto el don de su Espíritu Santo, tal como dice San Pablo en Gálatas 3: "No recibisteis el Espíritu por vuestras buenas obras, sino al creer en la palabra de Dios".

5. En esta fe, todas las obras se tornan iguales, y una es como la otra. Desaparece toda diferencia entre las obras, ya sean grandes, pequeñas, breves, largas, muchas o pocas. Porque las obras no son gratas por sí mismas sino por la fe, que es lo único que actúa y vive indistintamente en todas y cada una de las obras, por muchas y diferentes que éstas sean, tal como todos los miembros reciben de la cabeza vida, actividad y nombre. Sin la cabeza., ningún miembro tendrá vida, ni actividad ni nombre. De ello se desprende, asimismo, que un cristiano que vive en esa fe no ha de necesitar un maestro de buenas obras, sino que lo que le viene a la mano lo hace. Y todo está bien hecho, como Samuel dijo a Saúl: "Llegarás a ser otro hombre cuando el espíritu entrare en ti; haz entonces lo que te viniere a la mano, Dios está contigo". Así leemos también de Santa Ana, madre de Samuel, que ella creyó al sacerdote Eli cuando le prometió la gracia de Dios. Alegre y sosegada se fue a su casa, y en adelante ya no se dirigía para acá y acullá, es decir que todo se le hizo una sola cosa y todo lo que se le vino a la mano fue igual. También San Pablo dice: "Donde está el espíritu de Cristo, todo es libre". Porque la fe no se deja atar a obra alguna, así como no se deja quitar ninguna, tal como dice el primer salmo 1: "Da su fruto en su tiempo", es decir, según el ir y venir.

6. Podemos verlo en un común ejemplo humano. Cuando un hombre o una mujer firmemente convencidos confían en el amor y la complacencia del otro, ¿quién les enseña cómo comportarse, qué se debe hacer, dejar de hacer, callar o pensar? La sola confianza les enseña todo esto y más de lo que hace falta. Para el que ama no hay distingo en las obras. Con el mismo agrado lleva a cabo lo grande, lo largo, lo mucho, lo pequeño, lo corto, lo poco, y viceversa. Además lo hace con el corazón alegre, apacible y seguro, y es en todo un compañero por libre voluntad. Pero, cuando hay duda, entonces sí se averigua qué será lo mejor. Ahí es donde uno comienza a figurarse distinciones entre las obras con las cuales puede conquistar favores. Sin embargo, una persona así anda con el corazón apesadumbrado y con grande aflicción. Es como un siervo, harto desesperado, y muchas veces se torna orate. Lo mismo un cristiano que vive con esa confianza en Dios, sabe todas las cosas; es capaz de todo y se atreve a hacer todo cuanto hay que realizar. Y todo lo lleva a cabo, alegre y libre, y no con ánimo de acumular muchos buenos méritos y obras. Más bien es para él un placer el agradar a Dios de esta manera, y sirve a Dios en todo gratuitamente, bastándole que le agrade a Dios. Por otra parte, quien no está de acuerdo con Dios o duda, empieza a buscar y a preocuparse cómo puede satisfacerlo y conmoverlo con muchas obras. Peregrina a Santiago, a Roma, a Jerusalén, para acá y para allá; reza las oraciones de Santa Brígida, de todo un poco, ayuna en ese día o en aquél; se confiesa aquí y se confiesa allá; pregunta a éste y a aquél. No obstante, no halla tranquilidad, y realiza todo eso con gran pesadumbre, desesperación y desgano de su corazón, de modo que también la Escritura llama en hebreo a semejantes buenas obras "Aven amal", es decir, molestia y trabajo. Además, éstas no son buenas obras, todas ellas son vanas. Por esto, muchos se han vuelto locos, y su angustia los ha hecho caer en gran miseria. De ellos se dice en Sabiduría 5: "Nos hemos cansado de los caminos

de injusticia, y hemos transitado por senderos dolorosos y difíciles, mas el camino de Dios no lo conocimos, y el sol de la justicia no salió para nosotros".

7. En las obras, la fe es todavía pequeña y débil. Veamos qué pasa cuando les va mal en cuerpo, bienes, honra y amigos, o en lo que tengan; si también entonces creen que agradan aún a Dios y que él ordena benignamente para ellos el sufrimiento y la adversidad, ya sean pequeños o grandes. Aquí el arte consiste en tener gran confianza en Dios quien, según nuestro pensar y entender, se manifiesta airado, y esperar de él algo mejor de lo que se experimenta. Aquí Dios está oculto, como dice la novia en el Cantar de los Cantares 2: "Helo aquí, está tras de la pared, y mira por nuestras ventanas". Esto quiere decir: Él está oculto bajo los sufrimientos que quieren separarnos de él como una pared, y hasta como una muralla. Sin embargo, él mira por mí, y no me abandona. Está ahí, y dispuesto a ayudarme benignamente. A través de las ventanas de la fe oscura se deja ver. Y Jeremías, en Lamentaciones 2: "Él desecha a los hombres, pero no es la intención de su corazón". A esta fe no la conocen; se resignan y piensan que Dios los ha abandonado y es enemigo de ellos. Hasta atribuyen semejante mal a los hombres y a los diablos y no tienen confianza alguna en Dios. Por ello también su sufrimiento siempre les es molesto y perjudicial. Sin embargo, van y realizan obras que ellos consideran buenas, sin advertir su incredulidad en manera alguna. Pero hay otros que en semejantes padecimientos confían en Dios, y conservan una fe firme y buena en él, convencidos de que él tiene complacencia en ellos. Para ellos, los sufrimientos y adversidades no son sino méritos verdaderamente preciosos, y los bienes más nobles a los que nadie puede valorar, puesto que la fe y la confianza lo hacen todo precioso ante Dios. Para los otros, en cambio, es muy pernicioso, cosa que también se dice de la muerte en el Salmo 116: "Estimada es a los ojos de Dios la muerte de los santos". Y tal como, en este caso, la confianza y la fe son mejores, más elevadas y más fuertes que en los casos mencionados precedentemente, así también los padecimientos sufridos en la misma fe superan todas las obras realizadas en la fe. Luego, entre dichas obras y tales sufrimientos hay una inmensa diferencia de valor.

8. Por encima de todo esto, la fe se manifiesta en su grado más elevado cuando Dios castiga la conciencia, no con sufrimientos temporarios, sino con la muerte, el infierno y el pecado, privando en cierto modo al hombre de gracia y misericordia, como si quisiera condenarlo y estar encolerizado eternamente. Pocos lo experimentan. David se lamenta en el Salmo 6: "Señor, no me castigues con tu ira". El creer en esta situación que Dios se compadece y tiene misericordia de nosotros, es la obra más elevada que pueda realizarse por y en la criatura. De esto no saben nada los santos en obras y los bienhacedores. Pues si ellos no están seguros de la bondad de Dios al hacer las obras, dudando de ella en un caso de menor relevancia para la manifestación de la fe, ¿cómo pueden en el caso antedicho contar con la bondad y la gracia de Dios?

Mira, así lo he dicho, y siempre he ensalzado la fe, y he condenado todas las obras que se verifican sin esa fe para conducir a los hombres a las obras rectas, verdaderas, buenas por su fundamento, y basadas en la fe, liberándolos de las "buenas" obras falsas, brillantes, farisaicas y descreídas, de las cuales están llenos todos los conventos, iglesias, casas y clases bajas y altas. En esto nadie me contradice sino los animales inmundos cuyas pezuñas no están hendidas (como se indica en la ley de Moisés). No quieren admitir diferencia alguna entre las buenas obras, sino que andan cual pelmazo. Basta que se haga lo suficiente con orar, ayunar, instituir fundaciones y confesar. Entonces todo está bien, aunque en ello no hubiera ninguna fe de gracia, ningún contentamiento divino. Hasta las tienen por más buenas con tal de que hayan realizado muchas: obras grandes y extensas sin confianza alguna de esta índole. Y sólo esperan lo bueno cuando las obras han sido realizadas. De este modo no basan su confianza en el favor divino, sino en sus

obras efectuadas. Ello significa edificar sobre agua y arena, de lo cual resultará finalmente una ruina grande, tal como dice Cristo en Mateo 7. Esta buena voluntad y contentamiento en que se fundamenta nuestra confianza, los anunciaron los ángeles desde el cielo cuando en la Noche Buena cantaron: "Gloria in excelsis Deo", "Gloria a Dios en las alturas, y paz para la tierra, y gracia y favor para con los hombres".

9. He aquí la obra del primer mandamiento, que ordena: "No tendrás dioses ajenos delante de mí". Esto quiere decir: "Yo soy solo Dios, por ello en mí solo pondrás toda tu confianza, seguridad y fe y en nadie más". Pues esto no es tener un dios que exteriormente por la boca llamas dios o lo adoras con las rodillas y ademanes, sino cuando confías de todo corazón en él y esperas de él todo lo bueno, gracia y complacencia, ya sea en obras o sufrimientos, en la vida o en la muerte, en el amor o en la pena. Así dice Cristo a la mujer pagana en Juan 4: "Te digo que el que quiera adorar a Dios, es necesario que lo adore en espíritu y en verdad". Y esta fe, fidelidad y confianza del fondo del corazón es el verdadero cumplimiento de este primer mandamiento, sin las cuales no hay otra obra que pueda cumplir con este mandamiento. Este mandamiento es el primero, supremo y mejor, del cual emanan los demás. En él están contenidos y por él son juzgados y medidos. Lo mismo también su obra (es decir, la fe o la confianza en la gracia de Dios en todo tiempo) es la primera, la suprema y la mejor, de la cual todas las demás deben emanar, y en ella deben efectuarse, permanecer, ser juzgadas y medidas. Y en comparación con esta obra, las demás son como si los otros mandamientos existiesen sin el primero y no hubiera Dios.

Por ello, con razón dice San Agustín que las obras del primer mandamiento son fe, esperanza y amor. Se dijo anteriormente que semejante confianza y fe traen consigo el amor y la esperanza. Si lo miramos bien, el amor es lo primero, o simultáneo con la fe. Pues yo no confiaría en Dios, si no creyese que él me fuera favorable y amoroso. Por lo mismo yo a mi vez lo amo y me siento conmovido para confiar en él de todo corazón y esperar de él todo lo bueno.

10. Ahora tú mismo ves que todos los que no confían en Dios en todo tiempo y no esperan su favor, su merced y su complacencia en todas sus obras o sufrimientos, en vida y muerte, sino lo buscan en otras cosas o en ellos mismos, no cumplen con este mandamiento y en verdad practican idolatría, aunque realicen las obras de todos los demás mandamientos y cuenten con las oraciones, los ayunos, la obediencia, la paciencia, la castidad y la inocencia de todos los santos. Falta la obra principal, sin la cual las otras no son nada, sino mera hipocresía, apariencia y engaño, y en el fondo no hay nada. Contra éstos, Cristo nos advierte en Mateo 7: "Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros con vestidos de ovejas". Son todos aquellos que mediante muchas obras buenas (como dicen) quieren hacerse agradables a Dios y en cierto modo comprarle a Dios su gracia y merced, como si fuese un buhonero o jornalero que no quisiera dar gratuitamente su gracia y merced. Son los hombres más perversos de la tierra y difícilmente o jamás puedan ser enderezados al camino recto. Lo mismo sucede con todos los que en la adversidad corren de aquí para allá, buscan consejo, auxilio y consuelo en todas partes menos en Dios, donde se les ha ordenado estrictamente que busquen. El profeta, en Isaías 9, los reprende así: "El pueblo insensato no se convierte al que lo hiera". Esto quiere decir que Dios los hirió y los hizo sufrir y pasar por toda suerte de adversidades para que acudiesen a él y en él confiaran. Pero ellos se apartan de él y acuden a los hombres, ora a Egipto, ora a Asiría y quizás también al diablo. De esta idolatría se habla mucho en el mismo profeta y en los libros de los Reyes. En la misma forma proceden todavía también todos los santos hipócritas cuando les sucede algo. No acuden a Dios, sino huyen de él y ante él. Sólo piensan cómo liberarse de su mal por sí mismos o por auxilio humano. No obstante, se consideran hombres piadosos y quieren ser tenidos por tales.

11. Esta es la opinión de San Pablo en muchas partes, donde atribuye tanto a la fe que dice: "Justus ex fide sua vivit" (El justo tiene su vida por la fe). Y por la fe es considerado justo ante Dios. Si la justicia consiste en la fe, es evidente que sólo la fe cumple con todos los mandamientos y hace justas todas sus obras, puesto que nadie es justo, si no cumple todos los mandamientos de Dios. Por otra parte, las obras sin la fe no pueden justificar a nadie ante Dios. Y tan abiertamente y en alta voz el santo apóstol desecha las obras y alaba la fe de modo que algunos, escandalizados por sus palabras, dijeron: "Bien, ya no haremos buena obra alguna". Pero él los condena como equivocados e insensatos.

Lo mismo sucede todavía hoy. Cuando en nuestra época condenamos' las grandes obras aparentes realizadas sin fe alguna, dicen que sólo deben creer y no realizar buenas obras. En estos tiempos, se llaman obras del primer mandamiento cantar, leer, tocar el órgano, celebrar misa, rezar maitines, vísperas y otras horas, fundar y adornar iglesias, altares, conventos, campanas, joyas, vestimenta, alhajas, también acumular tesoros, ir a Roma y a los santos. Además llamamos venerar a Dios, adorar y no tener dioses ajenos conforme al primer mandamiento, cuando vestidos de gala nos inclinamos, nos arrodillamos, rezamos el rosario y el salterio y todo esto no ante un ídolo, sino ante la santa cruz de Dios o ante las imágenes de sus santos. Esto lo pueden hacer también los usureros, los adúlteros y toda clase de pecadores y lo practican diariamente. Bien, si estas cosas se llevan a cabo en la fe de que creemos que todo agrada a Dios, en este caso son laudables no por virtud intrínseca, sino a causa de la misma fe para la cual todas las obras valen lo mismo, como queda dicho. Pero si dudamos de ello o no creemos que Dios nos sea propicio, que tenga complacencia en nosotros o si en primer lugar nos atrevemos a agradarle por nuestras obras y según ellas, entonces se trata de mero engaño. Significa venerar por fuera a Dios y por dentro ponerse uno mismo por ídolo. Esta es la causa por la cual he hablado tantas veces contra la pompa, la ostentación y el gran número de tales obras y las he condenado. Es evidente que no sólo se realizan en duda y sin fe, sino entre mil no hay ni uno que no confíe en ellas y opine por medio de ellas obtener la merced de Dios y anticipándose a su gracia hacer un mercado de ellas. A Dios no le agrada esto. Prometió su merced gratuita. Quiere que se principie con ella por medio de la confianza y en la misma se efectúen todas las obras, como quiera que se llamen.

12. De ello tú mismo notarás cuan grande es la diferencia entre cumplir el primer mandamiento sólo con obras exteriores o con confianza interior. Porque esto hace hijos de Dios verdaderamente vivientes; aquello sólo conduce a la peor idolatría y hace los hipócritas más dañosos que hay en la tierra. Con su gran ostentación inducen a innumerables personas a su modo de ser y, sin embargo, las dejan sin fe; de modo que seducidas tan lastimosamente quedan en la palabrería exterior y en sus fantasías. De ellos dice Cristo en Mateo 24: "Guardaos, cuando os dijeren: He aquí está el Cristo, o allí". Lo mismo en Juan 4: "Te digo, viene el tiempo cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis a Dios, puesto que el Padre busca a quienes lo adoren espiritualmente".

Estos pasajes y otros iguales me han impulsado y han de impulsar a cada uno a condenar el gran boato con bulas, sellos, banderas e indulgencias con lo cual se invita a la pobre gente a apoyar iglesias y fundaciones y a orar. Pero la fe no se menciona para nada o hasta se suprime. La fe no distingue entre las obras. Por esto, al lado de ella, no puede existir obra cualquiera superior a ella, a pesar de todo ensalzamiento y ostentación. La fe sola quiere ser servicio a Dios y no dejará el nombre y la honra a otra obra alguna, sino en cuanto participe en ella. Esto lo hace cuando la obra consiste en ella y por la misma. Este abuso se indicó proféticamente en el Antiguo Testamento cuando los judíos abandonaron el templo y sacrificaban en otros lugares, en los verdes vergeles y en los montes. Lo mismo hacen también ellos. Se aferran a hacer toda clase de obras, mas esta obra principal de la fe no la aprecian.

13. ¿Dónde están ahora los que todavía preguntan qué obras son buenas y qué deben hacer para ser justos? ¿Quién dirá aún, cuando predicamos sobre la fe, que no enseñamos buenas obras ni que debemos realizarlas? ¿No dará sólo el primer mandamiento más trabajo de lo que alguien pueda llevar a cabo? Si un hombre fuera mil hombres o todos los hombres o todas las criaturas, en este caso, no obstante, se le habría impuesto bastante y más que suficiente, cuando Dios le manda vivir y andar en todo tiempo en la fe y en la confianza en Dios y jamás poner semejante fe en ningún otro y, por tanto, sólo tener un Dios, el verdadero y ningún otro.

El ser y la naturaleza humanos en ningún momento pueden existir sin hacer o dejar de hacer, sin sufrir o huir (puesto que la vida jamás está quieta, como vemos). Luego, el que quiere ser bueno y abundar en buenas obras debe empezar y ejercitarse a sí mismo en toda la vida y en todas las obras siempre en esta fe, aprender continuamente a hacer todo y a dejarlo en semejante confianza; entonces notará cuánto tiene que llevar a cabo y que todas las cosas consisten en la fe y que él jamás puede estar ocioso. También la ociosidad ha de practicarse en el ejercicio y en la obra de la fe. En resumen, si creemos que todo le agrada a Dios (como debemos), en nosotros no puede existir ni suceder nada que no sea bueno y meritorio. Así dice San Pablo: "Amados hermanos, todo lo que hacéis, si coméis o bebéis, hacedlo todo en el nombre de Jesucristo, Nuestro Señor". Ahora, en el mismo nombre no puede efectuarse nada a no ser que se haga en tal fe. Item Romanos 8: "Sabemos que a los santos de Dios todas las cosas coadyuvan para su bien".

Por consiguiente, cuando algunos manifiestan que se prohíben las buenas obras cuando predicamos la sola fe, es como si yo dijese a un enfermo, "si tuvieras la salud, entonces tendrías las obras de los miembros todos, y sin la salud el obrar de todos los miembros no es nada", entendiéndolo como si yo le prohibiese las obras de los miembros. En verdad, quise decir que la salud debiera existir previamente y realizar todas las obras de todos los miembros. Lo mismo la fe ha de ser maestro y capitán en todas las obras o no será nada en absoluto.

14. Ahora podrías decir: Si la fe por medio del primer mandamiento efectúa todas las cosas, ¿por qué hay tantas leyes eclesiásticas y seculares y tantas ceremonias de las iglesias, conventos y lugares para impulsar e invitar a los hombres a realizar buenas obras? Contesto: Precisamente por el hecho de que no todos tienen y aprecian la fe. Si todos la tuviesen, no necesitaríamos de ninguna ley nunca jamás, sino cada cual de sí mismo siempre realizaría buenas obras, como la misma confianza le enseña.

Empero, hay cuatro clases de hombres. Los primeros, recién mencionados, son los que no necesitan de ley alguna. De ellos dice Pablo en 1ª Timoteo 1: "No hay ley impuesta para el justo" (es decir, el creyente). Al contrario, ellos hacen voluntariamente lo que saben y pueden, movidos sólo por la firme confianza de que la complacencia y la misericordia de Dios los cobija en todas las cosas. Los otros quieren abusar de semejante libertad. Se fían equivocadamente en ella y se tornan perezosos. De ellos dice San Pedro en 1ª Pedro 2: "Viviréis como los que son libres pero no haréis de la libertad cobertura de pecado". Es como si dijera: "La libertad de la fe no autoriza la comisión de pecados, ni los cubrirá tampoco; sino que autoriza realizar toda clase de obras y soportar todas las cosas según se nos presenten, de modo que nadie esté limitado a una o unas pocas obras". Lo mismo dice San Pablo en Gálatas 5: "Mirad que no uséis esta libertad como ocasión para una vida carnal". A éstos hay que empujarlos con la ley y guardarlos con doctrina y exhortación. Los terceros son hombres malos siempre dispuestos a pecar. A éstos hay que obligar con leyes eclesiásticas y seculares como a los caballos no amansados y los perros. Y cuando esto no da resultado, hay que privarlos de la vida por la espada secular. Así dice Pablo en Romanos 13: "La potestad secular lleva la espada y con ello es ministro de Dios, no para temor de los buenos, sino de los malos". Los cuartos son los que todavía son traviesos e infantiles en la comprensión de tal fe y vida espiritual. Es menester atraerlos y estimularlos como a los niños con

determinados aditamentos externos, como leer, orar, ayunar, cantar, adornar iglesias, tocar el órgano y lo que es precepto y costumbre en conventos e iglesias hasta que también aprendan a entender la fe. No obstante, existe un grave peligro cuando los gobernantes, como por desgracia sucede ahora, se afanan en esas ceremonias y obras materiales y obligan a otros a ellas, como si fuesen las verdaderas obras, desatendiendo la fe. Siempre deberían enseñarla al lado de los demás, como una madre, fuera de la leche, da también otra comida al niño hasta que él mismo pueda comer el alimento fuerte.

15. Como no todos somos iguales, debemos aceptar a estos hombres y solidarizarnos con ellos en sus costumbres. No hemos de menospreciarlos, sino enseñarles el recto camino de la fe. Así enseña San Pablo en Romanos 14: "Recibid al flaco en la fe para adoctrinarlo". Así procedió él mismo, 1ª Corintios 12: "Me he adaptado a los que estaban sujetos a la ley como si estuviese también sujeto a ella, aunque no estaba sujeto a la ley". Y Cristo, en Mateo 17, cuando debía pagar las dracmas de tributo, a lo cual no estaba obligado, discute con San Pedro si los hijos del rey tenían que pagar tributo o sólo los extraños. Pedro respondió: "Sólo los extraños". Dijo Cristo: "Luego los hijos de los reyes están exentos. Mas para que no los escandalicemos, ve a la mar, y echa el anzuelo, y al primer pez que viniere, tómalo, y abierta su boca, hallarás una moneda: tómala, y dásela por mí y por ti".

Aquí vemos que todas las obras y cosas son libres para un cristiano por su fe. No obstante, como los otros aún no creen, se solidariza con ellos, aunque no está obligado a ello. Empero lo hace en libertad, puesto que está seguro de que a Dios así le place y lo realiza de buen grado, aceptándolo como otra obra voluntaria, sin haberla buscado o elegido. Porque no ansia ni desea otra cosa que obrar para agradar a Dios en su fe.

Pero como nos hemos propuesto enseñar en este sermón cuáles son verdaderas buenas obras y ahora estamos hablando de la obra suprema, es evidente que no estamos tratando de la segunda, tercera o cuarta clase de gente, sino de la primera. A ella deben hacerse iguales todos los demás, y mientras tanto, los primeros han de aguantar a los otros y enseñarles. En consecuencia, no debemos desdeñar en sus ceremonias a los flacos en la fe que quisieran obrar bien y aprender algo mejor, pero no lo pueden comprender e insisten en las ceremonias como si estuviesen perdidos sin ellas. Al contrario, hemos de echar la culpa a sus ciegos maestros indoctos que no les han enseñado la fe y los han inducido tan profundamente a las obras. Con dulzura y cuidadosa apacibilidad hay que sacarlos de las obras y llevarlos a la fe, como uno trata a un enfermo. Habrá que admitir que todavía algún tiempo queden adictos a algunas obras por su conciencia y las practiquen como necesarias para la salvación hasta que aprehendan rectamente la fe. Si los sacamos tan rápidamente, su débil conciencia se estrella del todo y queda desorientada y no conservan ni fe ni obra. Pero hay testarudos que, obstinados en las obras, no atienden lo que se dice de la fe y hasta lo impugnan. Hay que dejarlos, que un ciego guíe al otro, como lo hizo y lo enseñó Cristo.

16. Pero si dices, "¿Cómo puedo estar seguro de que todas mis obras agraden a Dios, puesto que a veces caigo, hablo, como, bebo y duermo demasiado o en algún otro sentido me extralimito, lo cual no me es posible evitar?" Contesto: esta pregunta indica que todavía consideras la fe como otra obra más y no la pones por encima de todas las obras. Precisamente es la obra suprema porque también permanece y borra esos pecados cotidianos, al no dudar de que Dios te sea tan propicio que pasa por alto semejante caída diaria y la debilidad. Hasta cuando ocurre una caída mortal (lo cual no sucede nunca o raras veces, a los que viven en la fe y en la confianza de Dios), la fe vuelve a levantarse y no duda de que sus pecados ya han pasado. Así consta en 1ª Juan 2: "Hijitos míos, estas cosas os escribo, para que no pequéis; y si alguno cae, abogado tenemos para con Dios, a Jesucristo, que es remisión de todos nuestros pecados". Y en

Sabiduría 15: "Y aunque pecáremos, somos los tuyos y conocemos que tú eres grande". Y en Proverbios 24: "Siete veces puede caer el justo, y se levanta otras tantas veces". Esta confianza y esta fe deben ser tan eminentes y fuertes que el hombre sepa que toda su vida y su obra son pecado completamente condenable ante el juicio de Dios, como está escrito en el Salmo 143: "No hay ningún hombre viviente que sea hallado justo delante de ti". Ha de desesperar así de sus obras que no pueden resultar buenas sino por esta fe que no espera un juicio, sino mera gracia, favor, merced y misericordia, como dice David en el Salmo 25: "Tu misericordia está siempre delante de mis ojos, y me he consolado en tu verdad". Y el Salmo 4: "La luz de tu rostro se alza sobre nosotros (esto es el conocimiento de tu gracia por la fe) y con esto diste alegría en mi corazón". Puesto que como espera, así le sucede.

De esta manera por la misericordia y la gracia, no por su naturaleza, están las obras sin culpa; están perdonadas y son buenas por la fe que confía en la misma misericordia. Por consiguiente, en cuanto a las obras debemos temer, pero consolarnos por la gracia de Dios, como está escrito en el Salmo 147: "Complácese Dios en los que le temen y, no obstante, esperan en su misericordia". Así oramos con toda confianza: "Padre nuestro" y, no obstante, rogarnos: "Perdónanos nuestras deudas". Somos hijos y, sin embargo, pecadores. Somos agradables y, sin embargo, no hacemos lo suficiente. Todo esto lo hace la fe que se afirma en la benevolencia de Dios.

17. Pero preguntas dónde pueden hallarse y de dónde provienen la fe y la confianza. Por cierto, es sumamente necesario saberlo. Primero, sin duda, no provienen de tus obras ni de tus méritos, sino sólo de Jesucristo, gratuitamente prometidas y dadas. Así dice San Pablo en Romanos 5: "Dios encarece su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros". Es como si quisiera decir: ¿no debería darnos una confianza fuerte e insuperable que Cristo muera por nuestro pecado antes que se lo reguemos o nos preocupemos y mientras seguíamos siempre andando en los pecados? De lo que resulta, si Cristo, hace mucho tiempo, murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores, ¿tanto más seremos salvos por él ahora estando justificados por su sangre! Y como quedamos reconciliados con Dios por: la muerte de su Hijo, cuando aún éramos sus enemigos, tanto más seremos mantenidos por su vida ahora que estamos reconciliados.

Así debes inculcarte a Cristo y observar cómo en él Dios te propone y ofrece su misericordia sin ningún merecimiento precedente de tu parte. Y en tal visión de su gracia debe inspirarse la fe y la confianza del perdón de todos tus pecados. Por ello, la fe no comienza con las obras. No la originan tampoco. Más bien ha de originarse y proceder de la sangre, de las heridas y de la muerte de Cristo. Cuando en él te das cuenta que Dios te es tan propicio que da aun a su Hijo por ti, tu corazón ha de ponerse dócil y volver a ser a su vez propenso a Dios. Así la confianza proviene de mera merced y amor de Dios para contigo y de ti para con Dios. Ciertamente no leemos que a alguien haya sido dado el Espíritu Santo, si ha querido ganarlo mediante obras pero siempre cuando ha oído el evangelio de Cristo y la misericordia de Dios. De la misma palabra aún hoy y siempre ha de provenir la fe y de ninguna parte más. Cristo es la peña de la cual se extrae mantequilla y miel, como dice Moisés en Deuteronomio 32.

La segunda buena obra

18. Hasta ahora hemos hablado de la primera obra y del primer mandamiento. No obstante, lo hicimos en forma muy breve, en términos generales y superficialmente; en verdad se debería decir muchísimo sobre el tema.

Ahora seguiremos examinando las obras a través de los mandamientos consecutivos. La segunda y próxima obra después de la fe es la del segundo mandamiento: "Debemos honrar el nombre de Dios y no tomarlo en vano". Como todas las demás obras, ésta no puede realizarse sin fe. Pero si se efectúa sin fe, es mera simulación y apariencia. Después de la fe no podemos hacer nada mayor que glorificar la alabanza, la honra y el nombre de Dios, predicarlos, cantar y ensalzarlos y magnificarlos de varias maneras.

Arriba dije, y es cierto, que no hay diferencia entre las obras donde existe y actúa la fe. Sin embargo, sólo hay que entenderlo así cuando se considera la fe y sus obras. Pero cuando las comparamos entre sí, hay diferencia y una obra es superior a la otra. En el cuerpo, los miembros en relación con la salud no se distinguen y la salud obra en uno igual como en el otro. En cambio, las obras de los miembros son distintas y una es más alta, más noble y más útil que la otra. Lo mismo sucede también en este caso. Alabar la honra y el nombre de Dios vale más que las obras subsiguientes de los demás mandamientos. No obstante, debe llevarse a cabo en la misma fe en la que se ejecutan todas las demás.

Empero, sé bien que esta obra se menosprecia y quedó desconocida. Por ello, la estudiaremos más, creyendo que queda suficientemente expuesto que tal obra debe realizarse en la fe y en la confianza de que agrade a Dios. Hasta no hay obra en la cual uno sienta y experimente tanto la confianza y la fe como al honrar el nombre de Dios, y ayuda a fortalecer y a aumentar la fe, aun cuando todas las obras contribuyen a ello. Así dice San Pedro en 2ª Pedro 1: "Hermanos, procurad de hacer firme vuestra vocación y elección mediante buenas obras".

19. El primer mandamiento prohíbe tener dioses ajenos y por ello manda que tengamos un solo Dios, el verdadero, con firme fe, seguridad, confianza, esperanza y amor. Sólo estas son las obras por las cuales uno puede tener un Dios, venerarlo y conservarlo (por ninguna otra obra uno puede alcanzar a Dios o perderlo, sino solamente por la fe o por la incredulidad, por la confianza o por la duda, puesto que de las demás obras ninguna llega hacia Dios). Del mismo modo también en el segundo mandamiento se prohíbe tornar en vano su nombre. Empero, con esto no bastará, sino que con ello también se manda que honremos su nombre, lo invoquemos, glorifiquemos, prediquemos y alabemos. Por cierto, es imposible que no se deshonre el nombre de Dios, cuando no lo veneramos rectamente. Aunque lo honramos con la boca, con genuflexiones, besos y otros ademanes, no vale nada y no es más que apariencia con matiz de simulación, si no se lleva a cabo en el corazón por la fe, en la confianza en la merced de Dios.

Ahora mira qué variedad de buenas obras el hombre puede hacer según este mandamiento, si él quiere, a toda hora y sin estar jamás sin buenas obras de dicho mandamiento, que no es menester peregrinar lejos o visitar santos lugares. Dime qué instante pasará sin que ininterrumpidamente recibamos los bienes de Dios o, en cambio suframos malas adversidades. Mas, ¿qué son los bienes de Dios y las adversidades sino incesante exhortación e invitación para alabar a Dios, para honrarlo y bendecirlo e invocarlo a él y su nombre? Si dejaras a un lado todas las cosas, ¿no tendrías bastante que hacer sólo con este mandamiento para bendecir, cantar, alabar y honrar incesantemente el nombre de Dios? ¿Y para qué cosa más se han creado la lengua, la voz, el habla y la boca? Así dice el Salmo 51: "Señor, abre mis labios; y publicará mi boca tu alabanza". Item.: "Cantaré mi lengua tu misericordia". ¿Qué obra más hay en el cielo que este segundo mandamiento? Así dice el Salmo 83: "Bienaventurados los que habitan en tu casa: perpetuamente te alabarán". Lo mismo dice David en el Salmo 33: "La alabanza de Dios será siempre en mi boca". Y San Pablo en 1ª Corintios 10: "Si pues coméis, o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios", ítem Colosenses 3: "Todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando alabanza y gracias a Dios Padre". Si

atendiésemos esta obra, tendríamos aquí en la tierra un cielo y siempre bastante que hacer como los bienaventurados en el cielo.

20. Esta es la causa del extraño y justo juicio de Dios que, a veces, un hombre pobre, en el cual nadie puede observar muchas y grandes obras, por sí mismo en su casa alaba a Dios alegremente cuando se encuentra bien, o lo invoca con toda confianza si algo le sucede, y con ello realiza una obra más grande y más agradable que otro que ayuna mucho, ora, funda iglesias, peregrina, y se dedica a grandes obras aquí y allá. Este caso sucede al insensato que abre la boca y mira hacia grandes obras tan completamente ennegrecido que ni siquiera alguna vez advierte esta gran obra. Ante sus ojos, alabar a Dios es cosa ínfima frente al magnífico aspecto de sus propias obras inventadas, en las cuales quizá se alabe más a sí mismo que a Dios o, a lo menos, tenga mayor contentamiento en sí que en Dios. De este modo, con buenas obras pugna contra el segundo mandamiento y sus obras. De todo esto son un ejemplo en el evangelio el fariseo y el pecador público. El pecador, en sus pecados invoca a Dios, lo alaba y alcanza los dos supremos mandamientos, la fe y la honra de Dios. El hipócrita yerra en ambos casos; ostenta otras buenas obras por las malas, se alaba a sí mismo y no a Dios, confiando más en sí mismo que en Dios. Luego, con razón fue condenado y aquél elegido.

La causa es la siguiente: cuanto más altas y mejores son las obras, tanto menos aparentan. Además, todo el mundo opina que es fácil realizarlas. Está a la vista que nadie simula tanto glorificar el nombre y la honra de Dios como precisamente aquellos que no lo hacen jamás. Con semejante simulación hacen desdeñable la preciosa obra, porque el corazón está sin fe. Así también el apóstol San Pablo, en Romanos 2 os se atreve a decir francamente que más deshonran el nombre de Dios los que se jactan de la ley de Dios. Es fácil pronunciar el nombre de Dios y escribir su honra sobre papel y en las paredes, pero alabarlo profundamente y bendecirlo en sus beneficios e invocarlo con fiabilidad en todas las vicisitudes, son por cierto las obras más raras y supremas fuera de la fe. Si viésemos cuan pocos de ellos hay en la cristiandad, podríamos desesperar de pena. No obstante, mientras tanto, aumentan las obras altas, bonitas y aparatosas que han sido ideadas por hombres y que exteriormente son iguales a estas obras verdaderas. Mas en el fondo todo es incredulidad, falta de confianza, y en resumen no hay nada bueno en ellas. Así también Isaías, capítulo 48 vitupera al pueblo de Israel: "Oíd, que os llamáis del nombre de Israel, los que juráis en el nombre de Dios, y hacéis memoria de él, mas no en verdad ni en justicia". Esto significa que no lo hacían en la verdadera fe y confianza, que son la recta verdad y justicia, sino confiaban en sí mismos, sus obras y sus facultades. No obstante, invocaban y glorificaban el nombre de Dios, lo cual resulta incompatible.

21. De esta manera, la primera obra de este mandamiento es alabar a Dios en todos sus beneficios que son inmensamente numerosos, de modo que no haya, como es justo, interrupción ni fin de tal loor y agradecimiento. Pues ¿quién puede alabarlo perfectamente por la vida natural ni mucho menos por todos los bienes temporales y eternos? Así, con esta sola parte del presente mandamiento, el hombre queda colmado de buenas obras preciosas. Si él las ejecuta en la recta fe, por cierto, no ha sido inútil aquí. Y en este sentido nadie peca tan gravemente como los muy hipócritas santos que se placen a sí mismos. Les gusta vanagloriarse y oír su loor, honra y prez ante el mundo.

Por consiguiente, la segunda obra de este mandamiento es cuidarse de todo honor y gloria temporales, rehuirlos y evitarlos y jamás buscar renombre, fama y gran reputación, de modo que ande en la boca de todos. Es un pecado peligroso y, no obstante, el más común, aunque pocos reparan en él. Siempre todos quieren gozar de cierto renombre. Nadie admite ser el último, por insignificante que sea. Tan profundamente se lía envilecido la naturaleza en su propia vanagloria y su confianza en sí misma, quebrantando estos dos primeros mandamientos.

Ahora, en el mundo se considera que este terrible vicio es la virtud suprema. Por esta razón es sumamente peligroso leer u oír libros e historias paganas para los que previamente no estén versados y expertos en los mandamientos de Dios y en las historias de las Sagradas Escrituras. Todos los libros paganos están completamente compenetrados de este veneno de buscar gloria y honra. En ellos, según la ciega razón, se aprende que no son hombres activos y respetables, ni pueden llegar a serlo, los que no se dejan conmover por alabanza y honra. Se considera que son mejores los que sacrifican el cuerpo y la vida, los amigos y los bienes y todo para lograr alabanzas y honores. Todos los Santos Padres se quejaron por este vicio y al unísono concluyeron que era el vicio peor por vencer. San Agustín dice: "Todos los vicios se realizan en obras malas, sólo la honra y la complacencia propia tienen su lugar en las buenas obras y por medio de ellas".

En consecuencia, si el hombre no tuviese que hacer nada más que esa otra obra de este mandamiento, tendría que trabajar toda la vida para luchar con este vicio. Es tan común, tan taimado, tan ágil y tan pertinaz para ser expulsado. Pero sucede que abandonamos del todo esta buena obra y nos ejercitamos en muchas otras inferiores. Hasta precisamente por otras anulamos ésta y nos olvidamos de ella del todo. Así, por nuestro maldito nombre, por la complacencia propia y la ambición, el santo nombre de Dios se toma en vano y se deshonor, mientras que sólo él debería ser venerado. Este pecado ante Dios es peor que homicidio y adulterio. Pero su malignidad no se ve tan bien como la del homicidio, por su sutileza, puesto que no se realiza en la simple carne, sino en el espíritu.

22. Hay algunos que opinan que es bueno para los jóvenes impulsarlos por la gloria y la honra y, por otra parte, por la ignominia y la infamia para incitarlos a obrar bien. Hay muchos que hacen lo bueno y dejan lo malo por miedo a la infamia y por el amor a la honra, lo que de otra manera de ningún modo harían o dejarían. Admito que sigan así. Mas ahora buscamos cómo hacer buenas obras verdaderas. No es menester impulsar por el miedo al deshonor y por el amor a la honra a los que están dispuestos para ello. Al contrario, tienen y deben tener un motivo más sublime y mucho más noble. Es el mandamiento de Dios, el temor de Dios, la complacencia de Dios y su fe y su confianza en él. Los que no tienen este motivo o no lo aprecian y se dejan impeler por ignominia u honra, con ello ya tienen su pago, como dice el Señor en Mateo 6. Como es el motivo, así también es la obra y la recompensa. Ninguna es buena sino sólo ante los ojos del mundo.

Considero, pues, que es posible habituar e incitar a un joven más por el temor de Dios y con los mandamientos que por otros medios. Pero si esto no resulta, hemos de tolerar que por ignominia y por honra hagan lo bueno y dejen lo malo. Lo mismo debemos tolerar también a hombres malos o imperfectos, como dijimos anteriormente. Sólo podemos decirles que su obrar no es suficiente ni justo ante Dios y dejarlos hasta que aprendan a obrar bien a causa del mandamiento de Dios. Así los padres con regalos y promesas estimulan a los niños pequeños a orar, a ayunar, a aprender, etc. Mas no sería bueno que lo hiciesen durante toda su vida y ellos nunca aprendiesen a hacer lo bueno por temor de Dios. Peor sería si por el elogio y el honor se acostumbrasen a obrar bien.

23. Empero, es cierto que, no obstante, debemos tener un buen nombre y honra. Cada cual debe comportarse de modo que no se pueda decir nada malo de él y que nadie se escandalice por su causa. Así dice San Pablo, en Romanos 12: "Esforcémonos en hacer lo bueno, no sólo delante de Dios, sino también delante de todos los hombres". Y en 2ª Corintios 4: "Nos conducimos tan honestamente que nadie sepa otra cosa de nosotros". Mas en esto debe haber gran diligencia y cuidado para que la misma honra y el buen nombre no hinchen el corazón y le den contentamiento en ellos. Aquí se aplica la palabra de Salomón: "Como el fuego en el horno

prueba el oro, así el hombre es probado por la boca del que lo elogia". Deben ser pocos hombres y sumamente espirituales los que en honra y alabanza queden sencillos, serenos y ecuánimes. Por esto no llegan al engreimiento y la complacencia en sí mismos, sino quedan completamente libres e independientes. Toda su honra y nombre sólo los atribuyen a Dios. Solamente a él los encomiendan y los usan para la honra de Dios y para el perfeccionamiento del prójimo, y de ninguna manera para su propio provecho y beneficio. Tal hombre no se envanece por su honra o se enaltece ni sobre el más inútil y el más desdeñado de los hombres que pueda, haber en la tierra, sino se considera siervo de Dios, quien le dio el honor para que de este modo le sirva a él y a su prójimo. Es como si Dios le hubiera entregado algunos ducados para repartirlos a los pobres por causa suya. Así dice Mateo 5: "Alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". No dice que os deben glorificar a vosotros, sino vuestras obras sólo les han de servir para perfeccionamiento, para que por ellas alaben a Dios en vosotros y en sí mismos. Este es el recto uso del nombre y de la honra de Dios, que se ensalce a Dios por el perfeccionamiento de los demás. Y cuando la gente quiere loarnos a nosotros y no a Dios en nosotros, no debemos permitirlo y oponernos con todas las fuerzas y huir como del más grave pecado y menoscabo de la honra divina.

24. Esta es la causa porque Dios deja caer una persona en grave pecado o yacer en él para que sea oprobioso ante sí mismo y ante todo el mundo, el cual de otra manera no habría podido abstenerse de este gran vicio de la vanagloria y del renombre, si hubiese quedado en grande reputación y virtud. En cierto modo, Dios debe impedir este pecado con otras faltas graves para que su nombre solo quede venerado. Así un pecado se torna remedio del otro por nuestra pervertida maldad que no sólo hace el mal, sino también abusa de todo lo bueno.

Considera cuánto tiene que trabajar una persona cuando quiere realizar buenas obras, las que siempre en gran número le vienen a la mano y lo rodean por todos lados. Y por desgracia, debido a su ceguera las abandona y busca y practica otras según su parecer y su complacencia que nadie puede hablar bastante en contra, y nadie precaverse suficientemente de ellas. Todos los profetas tenían que ocuparse de esto y todos fueron muertos por ello, por el solo hecho de desechar las obras propias ideadas por el pueblo y por predicar sólo el mandamiento de Dios. Uno de ellos, Jeremías 7, dice: "Así os manda decir el Dios de Israel: Tomad vuestros holocaustos y juntadlos con todas vuestras ofrendas y comed vuestros sacrificios y la carne vosotros mismos, porque no os mandé nada respecto a ellos, sino os mandé que escuchaseis mi voz (esto es: no lo que os parece recto y bueno, sino lo que yo os mande), que anduviereis en el camino que yo os he mandado". Y Deuteronomio 12: "No harás lo que te parece recto y bueno, sino lo que tu Dios te ha mandado".

Estos pasajes de las Sagradas Escrituras, e innumerables otros iguales, fueron compuestos para apartar al hombre no sólo de los pecados, sino también de las obras que le parecen buenas y rectas, y con intención pura dirigirlo sólo hacia los mandamientos de Dios para que atienda sólo a ellos en todo tiempo y con mucha diligencia. Así está escrito en Éxodo 13: "Estos mis mandamientos te han de ser como una señal sobre tus manos y como una memoria delante de tus ojos". Y el Salmo 1: "El hombre justo en sí mismo medita en los mandamientos de Dios de día y de noche". Más que suficiente y demasiado hemos de trabajar si sólo debemos cumplir con los mandamientos de Dios. Nos dio mandamientos tales que, si los entendemos, no nos permiten estar ociosos en ningún momento. Y podríamos olvidarnos de todas las demás obras. Pero el espíritu maligno, que no es ocioso, cuando por el lado izquierdo no nos puede seducir a obras malas, lucha en el lado derecho por medio de las buenas obras propias ideadas por él. En contra de esto Dios mandó en Deuteronomio 28 y Josué 23: "No os apartéis de mis mandamientos, ni a la diestra ni a la siniestra".

La Tercera Buena Obra

25. La tercera obra de este mandamiento es invocar el nombre de Dios en toda clase de desgracia. Dios considera que su nombre es santificado y honrado sobremanera cuando lo llamamos e invocamos en la tentación y en el infortunio. Y finalmente, ésta es la causa por la cual nos hace sufrir tanta desdicha, padecimiento, tentación y hasta la muerte y además nos deja seguir a muchas inclinaciones malas y pecaminosas para estimular con esto al hombre y darle serio motivo para acudir a él, para clamar e invocar su santo nombre y realizar de esa manera esta obra del segundo mandamiento de Dios, como se dice en el Salmo 49: "Invócame en el día de la angustia: te libraré, y tú me honrarás, puesto que quiero tener un sacrificio de alabanza". Y éste es el camino por el cual puedes llegar a la bienaventuranza, porque por tal obra el hombre conoce y percibe lo que es el nombre de Dios; cuan poderoso es para ayudar a todos los que le invoquen. Con esto aumenta muchísimo la confianza y la fe, por lo cual se cumple el primer y supremo mandamiento. Esto lo supo David, Salmo 53: "Me has librado de toda angustia; por ello alabaré tu nombre y confesaré que es agradable y dulce". Y en el Salmo 90 dice Dios: "Por cuanto en mí ha puesto su voluntad, yo también lo libraré: lo pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre".

Ahora bien, ¿qué hombre hay en la tierra que no tenga suficiente que hacer con esta obra durante su vida? Además, ¿quién está sin tentación durante una hora? No hablaré de las pruebas y tentaciones de la adversidad que son innumerables. La prueba y tentación más peligrosa es precisamente cuando no hay prueba y tentación y cuando todo está bien y anda perfectamente, que en este estado el hombre no olvide a Dios, se torne demasiado libre y abuse del tiempo afortunado. En este caso es diez veces más necesario invocar el nombre de Dios que en la adversidad. Pues está escrito en el Salmo 90: "Caerán a tu lado izquierdo mil, y diez mil a tu diestra". También así es evidente, según la experiencia de todos los hombres, que se cometen horribles pecados y maldades cuando hay paz, cuando hay abundancia y el tiempo es bueno, y no cuando carga sobre nosotros guerra, pestilencia, enfermedades y toda suerte de desventura. Por ello también Moisés estaba preocupado de que su pueblo no abandonaría los mandamientos de Dios por ningún otro motivo que por el hecho de estar demasiado próspero, demasiado satisfecho y de tener demasiada tranquilidad, como dice Deuteronomio 32: "Mi querido pueblo se enriqueció, engrosó y engordó; por ello se opuso a su Dios". Por ello, también Dios dejó sobrevivir a muchos de sus enemigos y no quiso expulsarlos para que no tuviesen reposo y tuvieran que ejercitarse en cumplir los mandamientos de Dios, como está escrito en Jueces 3. Lo mismo hace con nosotros al enviarnos toda clase de desgracia. Tan diligente es para con nosotros para enseñarnos e impelernos a honrar e invocar su nombre, a adquirir confianza y fe en él y a cumplir de este modo los dos primeros mandamientos.

26. En esta circunstancia los hombres necios obran peligrosamente, y sobre todo los "santos" de buenas obras propias y todos los que quieren ser algo especial. Enseñan a bendecirse; éste se protege mediante cartas; aquél acude a los adivinadores; uno busca esto, el otro aquello, con el solo fin de escapar a la desgracia y de estar seguro. No se puede contar qué fantasmas diabólicos hay en este juego con hechicería, conjuración y superstición. Todo esto se hace con el fin de no necesitar el nombre de Dios y de no confiar en él. En esto se inflige un grave oprobio al nombre de Dios y a los dos primeros mandamientos, porque se busca en el diablo, en los hombres o en las criaturas, lo que sólo se deberá buscar y hallar en Dios mediante una fe pura y sincera, por medio de la confianza y de la invocación temeraria y alegre de su santo nombre.

Ahora cerciórate tú mismo y juzga si no es una tremenda perversión: Depositán su confianza en el diablo, en los hombres y en las criaturas y esperan de ellos lo mejor, y creen que sin semejante fe y esperanza están del todo perdidos. ¿Qué culpa tiene el bueno y fiel Dios de que no crean ni confíen en él también, tanto o más que en el hombre y en el diablo, mientras no sólo prometió auxilio y ayuda cierta, sino manda también esperarlos y da toda suerte de motivos para tal fe y nos impele a confiar plenamente en él? ¿No es de lamentar y una verdadera desgracia que el diablo o el hombre que no mandan nada ni insisten tampoco, sino sólo aseguran y prometen, se pongan por encima de Dios que promete, impele y manda, y que se aprecie más al diablo que a Dios mismo? Sería natural que tuviéramos vergüenza y tomásemos un ejemplo de los que confían en el diablo o en el hombre. El diablo, que es un espíritu maligno y mentiroso, cumple sus promesas a todos los que se unen a él. ¿Cuánto más, y siendo el único, el Dios bondadosísimo y sincerísimo cumplirá con sus promesas cuando alguien confía en él? Un hombre rico se fía de su dinero y de sus bienes y esto le sirve. ¿Y nosotros no confiaremos en el Dios viviente que nos quiere ayudar y es capaz de ello? Se dice que bienes dan ánimo. Esto es cierto, como dice Baruc 3, que el oro es algo en que los hombres confían. Pero mucho más excelente es el ánimo que da el supremo bien eterno, del cual no se fían los hombres, sino solamente los hijos de Dios.

7. Aun cuando ninguna de esas adversidades nos obligara a invocar el nombre de Dios y a confiar en él, el solo pecado sería más que suficiente para ejercitarnos en esta obra e impulsarnos a ella. El pecado nos rodeó con tres grandes ejércitos fuertes. El primero es nuestra propia carne; el otro, el mundo; el tercero, el espíritu maligno. Ellos nos intrigan y nos tientan continuamente. Con ello Dios nos da motivo de hacer buenas obras sin cesar, es decir, luchar con estos enemigos y pecados. La carne busca gozo y tranquilidad; el mundo aspira a bienes, favores, a poder y gloria; el espíritu maligno tiende hacia la soberbia, la gloria y la complacencia en su persona e induce a menospreciar a los demás.

Y todas estas cosas son tan poderosas, que una sola por sí basta para confundir a un hombre, y nosotros no las podemos vencer de manera alguna, sino sólo invocando el santo nombre de Dios en una fe firme. Salomón dice en Proverbios 18: "Torre fuerte es el nombre de Dios: a él corre el creyente y será levantado por encima de todo". Lo mismo David en el Salmo 115: "Tomaré la copa de la salud e invocaré el nombre de Dios", ítem en el Salmo 17: "Invocaré a Dios y seré salvo de mis enemigos". Estas obras y la potestad del nombre divino han llegado a ser desconocidas entre nosotros. No estamos acostumbrados a él ni hemos luchado jamás seriamente contra los pecados ni hemos necesitado su nombre. La causa es que sólo estamos ejercitados en nuestras propias obras, ideadas por nosotros, las que hemos podido hacer por nuestras propias fuerzas.

28. También corresponde a las obras de este mandamiento que no juremos, maldigamos, mintamos, engañemos, conjuremos y cometamos otro abuso con el santo nombre de Dios. Son cosas muy comunes y conocidas por todos. Esos pecados son casi los únicos que se predicán y se señalan con respecto a este mandamiento. En esto está comprendido también que impidamos que otros mientan, juren, engañen, maldigan, conjuren y de otra manera pequen contra el nombre de Dios. Se nos da mucha oportunidad para hacer lo bueno e impedir lo malo.

Empero, la obra más grande y más difícil de este mandamiento es defender el santo nombre de Dios de todos los que abusan de él de un modo espiritual y difundirlo entre todos ellos. No basta con que yo lo alabe y lo invoque por mí mismo y en mí mismo en dicha e infortunio. Debo ser valiente y, por la honra y el nombre de Dios, tomar sobre mí la enemistad de todos los hombres, como Cristo dijo a sus discípulos: "Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre". Por lo tanto, debemos irritar al padre, a la madre y a los mejores amigos. Debemos oponernos a las autoridades eclesiásticas y seculares y seremos reprendidos por desobediencia.

Hemos de movilizar contra nosotros a los ricos, a los doctos, a los santos y a cuantos representan algo en el mundo. Principalmente están obligados a hacer esto los que están llamados a predicar la palabra de Dios. Pero también todo cristiano tiene el mismo deber, cuando el tiempo y el lugar lo demandan. Por el santo nombre de Dios debemos poner y entregar cuanto tenemos y podemos. Hemos de demostrar por los hechos que amamos sobre todas las cosas a Dios y su nombre, honra y alabanza y confiamos en él sobre todas las cosas y esperamos lo bueno de él. Con ello confesamos que lo consideramos como el bien supremo y por su causa abandonamos y perdemos todos los demás bienes.

29. En primer término, debemos oponernos a toda injusticia cuando la verdad o la justicia sufren violencia y menoscabo. En esto no haremos ninguna diferencia de personas, como hacen algunos que luchan muy diligente y afanosamente contra la injusticia que sufren los ricos, los poderosos y los amigos. Pero cuando se trata de gente pobre o menospreciada o de enemigos, se mantienen bien quietos y pacientes. Ellos miran el nombre y la honra de Dios no por sí mismos, sino a través de un vidrio de color y miden la verdad y la justicia por las personas. No advierten su falso modo de proceder que se fija más en la persona que en la cosa. Son archihípócritas y sólo aparentemente defienden la verdad. Bien saben que no hay peligro si uno ayuda a los ricos, los poderosos, los doctos y los amigos. De ellos a su vez pueden obtener ventajas, gozar de su protección y recibir honra. De esa manera es muy fácil luchar contra la injusticia que sufren los papas, los reyes, los príncipes, los obispos y otros grandes señores. En esta ocasión, cada cual quiere ser el mejor, cuando no hace tanta falta. ¡Oh, cómo se esconde el falso Adán con su egoísmo! ¡Qué bien oculta el afán de provecho con el nombre de la verdad y de la justicia y con la honra de Dios! Mas, cuando sucede algo a un hombre pobre y sencillo, el ojo pérfido no advierte mucho provecho, pero nota bien la malevolencia de los poderosos. Por ello deja al pobre sin ayuda. ¿Quién puede apreciar la importancia de este vicio en la cristiandad? Así dice Dios en el Salmo 81: "¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente, y aceptaréis las personas de los impíos? Defended al pobre y al huérfano: haced justicia al afligido y al menesteroso. Librad al afligido y al necesitado: libradlo de la mano de los impíos". Empero, no se hace; por ello sigue allí mismo: "No saben, no entienden, andan en tinieblas". Esto significa: no ven la verdad, sino sólo se fijan en el prestigio de los grandes, por injustos que sean; mas no reconocen a los pobres, por justos que fueren.

30. Habría la oportunidad para muchas buenas obras. Pues la mayor parte de los poderosos, ricos y amigos cometen injusticias y proceden con violencia contra los pobres, sencillos y adversarios. Cuanto más grande, tanto peor. Y cuando uno no puede oponerse por la fuerza y defender la verdad debe, no obstante, confesarlo y ha de ayudar con palabras. No debe ponerse al lado del injusto, ni darle la razón, sino decir francamente la verdad.

¿Qué valdría que una persona hiciese toda clase de bien, fuese a Roma y todos los santos lugares, adquiriese todas las indulgencias, edificase todas las iglesias y fundaciones y se hallara culpable respecto al nombre y a la honra de Dios de haberlos callado y abandonado y de haber estimado sus bienes, su honra, su favor y sus amigos más que la verdad (la cual es el mismo nombre y honra de Dios)? ¿O quién es el que no tenga que vérselas diariamente con semejante buena obra aun en su propia casa? No le sería menester caminar mucho o preguntar por buenas obras. Cuando observamos la vida de los hombres, cómo en este aspecto proceden con tanta irreflexión y ligereza, tenemos que exclamar con el profeta: "Omnis homo mendax". Todo hombre es mentiroso; todos mienten y engañan. Abandonan las verdaderas y principales buenas obras y se adornan y engalanan con las ínfimas. Sin embargo, quieren ser buenos e ir tranquilamente al cielo.

Pero dices: ¿por qué Dios no lo hace él solo y él mismo, puesto que puede y sabe ayudar a todos? De seguro, bien lo puede hacer. Pero no quiere hacerlo solo. Él desea que nosotros obremos con él y nos concede el honor de querer llevar a cabo su obra con nosotros y por medio de nosotros y aunque no aceptemos el honor, lo efectuará él solo y ayudará a los pobres. A los que no quieran colaborar con él y menosprecian el gran honor de su obra, los condenará junto con los injustos por haber hecho causa común con ellos. Él sólo es bienaventurado, pero no quiere serlo solo, sino desea concedernos el honor de que seamos bienaventurados junto con él. Además, si él lo hiciese solo, habrían sido dados en vano sus mandamientos, puesto que nadie tendría motivo de ejercitarse en las grandes obras de los mandamientos, aunque tenga a Dios y su nombre por supremo bien y arriesgue todo por causa de él.

31. A esta obra corresponde también oponerse a todas las doctrinas falsas, seductoras, erróneas y heréticas y a todo abuso del poder eclesiástico. Se trata de cosas mucho más altas, puesto que ellos luchan precisamente con el santo nombre de Dios contra el nombre de Dios. Por consiguiente esto tiene una apariencia espléndida y parece peligroso resistirse a ellos. Aseveran que quien se opone a ellos, se resiste a Dios y a todos sus santos en cuyo lugar ellos están, y" hacen uso de su poder. Afirmando que Cristo dice de ellos": "El que a vosotros oye, a mí oye; y el que a vosotros desecha, a mí desecha". En estas palabras se apoyan fuertemente, y sin miedo se atreven a decir, a hacer, a dejar lo que quieren. Excomulgan, maldicen, roban, matan y proceden con toda maldad, como se les antoja y ocurre, sin impedimento alguno. Sin embargo, Cristo no quiso decir que los oyésemos en todo lo que dicen y hacen, sino cuando nos proponen su palabra, el evangelio, no la palabra de ellos; su obra, no la de ellos. De otra manera, ¿cómo sabríamos que hemos de evitar sus mentiras y sus pecados? Debe haber siempre una regla para saber hasta qué punto hay que oírles y obedecerles. Esta regla no la pueden establecer ellos, sino debe estar impuesta a ellos por Dios y por ella sabremos orientarnos, como oiremos en el cuarto mandamiento.

Ha de suceder, pues, que también en el estado eclesiástico la mayoría predique doctrinas falsas y abuse del poder espiritual, para que así tengamos oportunidad de hacer las obras de este mandamiento y se nos ponga a prueba en cuanto a qué estamos dispuestos a hacer y dejar de hacer, por la honra de Dios, contra tales blasfemos.

Oh, si en esta sentido fuésemos buenos, ¡cuántas veces los pillos de los oficiales impondrían en vano la excomunión papal y episcopal! ¡Cómo se atenuarían los truenos romanos! ¡Cuántas veces tendrían que callar muchos a quienes ahora tiene que escuchar el mundo! ¡Cuan pocos predicadores se encontrarían en la cristiandad! Pero esto ha predominado. Lo que ellos proponen, como quiere que sea, ha de estar bien. Aquí no hay nadie que luche por el nombre y la honra de Dios. Creo que no hay pecados mayores ni más comunes en las obras exteriores que en esta parte. Es tan sublime que pocos lo entienden y además está tan adornado con el nombre y la potestad de Dios, que es peligroso tocarlo. Mas, en tiempos pasados, los profetas fueron maestros en esto, lo mismo también los apóstoles, sobre todo San Pablo. No les importaba que lo hubiera dicho el sacerdote más alto o el más bajo, que lo hicieran en nombre de Dios o en el nombre propio. Se atenían a las obras y a la palabra y las comparaban con el mandamiento de Dios. No les importaba que lo hubiera dicho un gran señor o un pobre diablo; que lo hubiese hecho en el nombre de Dios o de los hombres. Por ello tuvieron que morir también. Sobre este tema, en nuestra época, habría que decir mucho más, puesto que ahora es mucho peor. Pero Cristo y San Pedro y San Pablo han de encubrir todo esto con sus santos nombres, de modo que no ha venido a la tierra tapujo más oprobioso que precisamente el santísimo y benditísimo nombre de Jesucristo.

Uno podría tener horror a la vida solamente por el abuso y la blasfemia del santo nombre de Dios. De esta manera, si eso dura más tiempo, temo que adoraremos públicamente al diablo

como Dios. Con tan excesiva irreverencia tratan de estos asuntos el poder eclesiástico y los doctos. Ya es tiempo de rogar a Dios seriamente que santifique su nombre. Pero costará sangre. Los que están en posesión de los bienes de los santos mártires y han sido ganados por la sangre de ellos, a su vez tendrán que hacerse mártires. De esto hablaré más en otra oportunidad.

El Tercer Mandamiento

1. Hemos visto cuántas buenas obras hay en el segundo mandamiento. Sin embargo, por sí mismas no son buenas, a no ser que se realicen en la fe y la confianza en la merced divina. Mucho tenemos que hacer con sólo atender este mandamiento. Por desgracia nos ocupamos de muchas otras obras que no tienen ninguna relación con él. Ahora sigue el tercer mandamiento: "Santificarás el día de reposo". En el primero se ordena cómo ha de llevarse nuestro corazón frente a Dios en pensamientos; en el segundo, cómo se portará nuestra boca en palabras. En este tercer mandamiento se ordena cómo hemos de conducirnos frente a Dios en obras. Es la primera y la primordial tabla de Moisés. En ella están escritos estos tres mandamientos que gobiernan al hombre por el lado derecho, es decir, en las cosas que atañen a Dios y en las cuales Dios tiene que ver con el hombre y éste con Dios sin mediación de criatura alguna.

Las primeras obras de este mandamiento son patentes para los sentidos. Por lo general, las llamamos servicio de Dios, a saber, oír misa, orar, escuchar el sermón en los días santos. Obras de esta índole hay muy pocas en este mandamiento. Además, si no se realizan en la confianza, en la merced de Dios y en la fe, no son nada, como se dijo anteriormente. Por tal razón sería bueno tener pocos días santos, porque en nuestra época sus obras en la mayoría de los casos son peores que las de los días laborables, por su ociosidad, gula, ebriedad, juego y otros vicios. Además, la misa y el sermón se escuchan sin que produzcan corrección, y la oración se reza sin fe. Casi sucede que uno cree que basta con mirar la misa con los ojos, escuchar el sermón con los oídos y decir la oración con la boca y proceden con gran superficialidad. Sin pensar que de la misa deben recibir algo en el corazón, que del sermón han de aprender y retener algo y con la oración, buscar, desear y esperar algo. Por cierto, la culpa mayor es la de los obispos y de los sacerdotes o de los encargados de la predicación porque no predicán el evangelio y no enseñan a la gente cómo deben asistir a misa, escuchar el sermón y orar. Por tanto, explicaremos brevemente estas tres obras.

2. A la misa es menester que asistamos también con el corazón, y precisamente asistimos cuando ejercitamos la fe en el corazón. Aquí hemos de mencionar las palabras de Cristo cuando instituye la misa y dice: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo dado por vosotros". Y sobre el cáliz: "Tomad, bebed de él todos; esto es un nuevo pacto eterno en mi sangre derramada por vosotros y por muchos para remisión de los pecados. Haced esto todas las veces que bebiereis en memoria de mí". Por estas palabras Cristo instituyó para sí un día conmemorativo o aniversario para que fuera festejado diariamente en toda la cristiandad y le añadió un testamento espléndido, opulento y grande, en el cual no se legan y se disponen réditos, dinero o bienes temporales, sino la remisión de todos los pecados, gracia y misericordia para la vida eterna, para que todos los que vienen a este día conmemorativo tengan el mismo testamento. Y murió; con lo cual este testamento se hizo permanente e irrevocable. Y como signo y testimonio en lugar de documento y sello, dejó su propio cuerpo y sangre aquí bajo el pan y el vino.

Ahora bien, es necesario que el hombre realice muy bien la primera obra de este mandamiento y que de modo alguno dude de que es así y que el testamento le es seguro, para no hacer de Cristo un mentiroso. Porque no es otra cosa cuando asistes a misa y no piensas o crees

que allí mismo Cristo por su testamento te ha legado y dado la remisión de todos los pecados. Sería como si dijese: "No sé o no creo que sea cierto que aquí se me haya legado y dado la remisión de mis pecados". Oh, ¡cuántas misas hay ahora en el mundo! Mas ¡cuan pocos las oyen con semejante fe y uso! Con esto hacemos que Dios se encolerice muy gravemente. Por tanto, nadie debe, ni tampoco puede, asistir a misa con provecho a no ser apesadumbrado y ansioso de la gracia divina y deseando quedar libre de su pecado. O si tiene un propósito malo, debe cambiar bajo la misa y ansiar los beneficios de este testamento. Por ello, en tiempos pasados, no se permitía asistir a misa a ningún pecador notorio.

Cuando esta fe es recta, el corazón debe ponerse alegre a causa de este testamento y calentarse y derretirse en el amor de Dios. Entonces siguen alabanza y gratitud de un corazón enternecido. Por ello, la misa en griego se llama eucaristía, lo que significa agradecimiento, porque alabamos a Dios y le damos gracias por semejante testamento grato, opulento y bienaventurado, como agradece, alaba y está contento aquél a quien un buen amigo haya legado mil ducados o más. Aunque le suceda a Cristo como a los que con su testamento enriquecieron a algunos que nunca pensaron en ellos ni los encomiaron ni les dieron gracias, así se efectúan ahora nuestras misas, con tal que sólo se celebren. No saben para qué y por qué sirven. En consecuencia, tampoco damos gracias ni amamos ni loamos, y quedamos indiferentes conformándonos con nuestras pequeñas oraciones. De esto trataremos más en otra oportunidad.

3. La predicación no debería ser otra cosa sino el anuncio de este testamento. Mas, ¿quién puede oírlo si nadie lo predica? Pero tampoco lo saben los que han de predicarlo. Por ello, los sermones divagan a fábulas inútiles y se olvida a Cristo. Nos sucede lo mismo como al hombre en 2ª Reyes 7, vemos nuestro bien, pero no gozamos de él. De esto dice también el Eclesiastés 6: "Es un grave mal cuando Dios a uno le da riqueza, pero no la facultad de gozar de ella". Así vemos un sinnúmero de misas y no sabemos si es un testamento, si es esto o aquello, como si fuese por sí misma otra buena obra común y cualquiera. ¡Oh Dios, qué engegucidos estamos! Empero, cuando esto se predica rectamente, es necesario que uno lo escuche con diligencia, lo aprehenda, lo retenga y piense a menudo en ello para fortalecer la fe de esa manera contra toda tentación y el embate del pecado, ya sea que se trate de pecados pretéritos, presentes o futuros. Estas son las únicas ceremonias o usos instituidos por Cristo bajo los cuales sus cristianos han de unirse, ejercitarse y mantenerse en" armonía. No obstante, no las dejó como otras ceremonias para que sean simples obras, sino puso en ellas un tesoro abundante y opulento, para ser distribuido y dado en propiedad a todos los que creen en ello. Esta predicación debe estimular a los pecadores para que sientan sus pecados y para encender en ellos el ansia de poseer el tesoro. En consecuencia, ha de ser pecado grave no escuchar el evangelio y desechar tal tesoro y el opulento banquete, para el cual hemos sido invitados. Pero mucho más grande es el pecado cuando no se predica el evangelio y se deja perder tanta gente que con gusto lo escucharían, aunque Cristo severamente mandó predicar el evangelio y este testamento. No quiere tampoco que se celebre misa, a no ser que se predique el evangelio, como dice: "Cuantas veces lo hacéis, acordaos de mí". Esto es lo que dice San Pablo: "Anunciáis mi muerte". Por ello es terrible y tremendo ser obispo, párroco y predicador en nuestra época, puesto que nadie ya conoce este testamento y menos aún lo predica, lo que, sin embargo, es su única y suprema obligación y deber. ¡Qué cuenta enorme tendrán que rendir por tantas almas que han de perderse por falta de semejante predicación!

4. Hay que orar, no como es la costumbre contando muchas hojas del devocionario y cuentas del rosario, sino que hemos de exponer alguna adversidad apremiante, ansiar con toda seriedad ser librado de ella y en esto ejercitar la fe y la confianza en Dios de manera que no dudemos de ser atendidos. Así enseña San Bernardo a sus hermanos, diciendo: "Amados

hermanos, jamás despreciaréis vuestra oración como si fuera vana, puesto que por cierto os digo que antes de enunciar vosotros las palabras, la oración ya está registrada en el cielo. Y debéis esperar como seguro que Dios cumplirá vuestra oración o en caso de no cumplirla, que no os habría sido bueno y útil el cumplimiento".

De este modo la oración es un especial ejercicio de la fe, por la cual de seguro hace que la oración sea tan agradable que, o se cumple por cierto o se da en lugar de ello algo mejor de lo que pedimos. Así dice también Santiago 1: "El que pida a Dios no debe dudar en la fe, puesto que cuando duda, no piense el tal hombre que recibirá ninguna cosa de Dios". Es un pasaje claro, que directamente afirma y niega: el que no confía, nada obtiene, ni lo que pide ni algo mejor.

Para despertar semejante fe, Cristo mismo dice en Marcos 11: "Os digo que todo lo que pidieris, creed solamente que lo recibiréis, y seguramente os sucederá". Y Lucas 11: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y os será abierto. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abre. ¿Qué padre de entre vosotros, si su hijo le pidiera pan, le dará una piedra? ¿O, una serpiente, si pide pescado? O, si le pidiera un huevo, ¿le dará un escorpión? Pues si vosotros mismos, siendo malos por naturaleza, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará un espíritu bueno a todos los que se lo pidieren?"

5. ¿Quién es tan duro e insensible que tales palabras magníficas no lo conmuevan a orar con toda confianza, alegría y agrado? Mas ¡cuántas oraciones tendríamos que reformar también, si quisiésemos orar rectamente de acuerdo con estas palabras! Ahora todas las iglesias y conventos están llenos de oraciones y cantos. Empero, ¿cómo sucede que de ello resulta poca corrección y utilidad y cada vez la situación se vuelve peor? No hay otra causa que la que Santiago indica diciendo: "Pedís mucho y no recibís nada porque pedís mal". Donde no existe esta fe y confianza en la oración, ella está muerta y no es más que pesada fatiga y trabajo. Si algo se da por ello, es sólo provecho temporal sin ningún bien y auxilio de las almas, más bien para gran daño y engegucimiento de ellas. Así andan y charlan con la boca, sin que importe si lo consiguen o lo desean o confían y quedan obstinados en semejante incredulidad como en la peor costumbre contra el ejercicio de la fe y de la naturaleza de la oración.

De esto resulta que un verdadero adorador jamás duda de que su oración será ciertamente agradable y atendida, aunque no se le dé precisamente lo mismo que él pide. Pues hay que exponer a Dios la necesidad en la oración, pero no se le debe poner una medida, un modo, una meta o un lugar, sino que debemos dejar a su criterio si lo quiere dar mejor o de otra manera de lo que pensamos nosotros, puesto que muchas veces no sabemos lo que pedimos. Así dice San Pablo en Romanos 8: "Y Dios obra y da más alto de lo que comprendemos". Y en Efesios 3 dice que no haya duda con respecto a que la oración sea aceptada y atendida. Pero hay que dejar libre a Dios el tiempo, el lugar, la medida y la meta, confiando que él lo hará bien como debe ser. Son los verdaderos adoradores los que lo adoran en el espíritu y en la verdad. Los que no creen que serán escuchados pecan por el lado izquierdo contra este mandamiento y se apartan demasiado en su incredulidad. Mas los que le ponen una meta, pecan por el lado derecho y se acercan demasiado, tentando a Dios. Él prohibió ambas cosas para que no nos alejásemos de su mandamiento ni hacia el lado izquierdo ni hacia el derecho. Esto significa no ser incrédulo ni tentar a Dios, sino quedar en el recto camino con fe sencilla y confiar en él sin ponerle meta.

6. Así vemos que este mandamiento, lo mismo que el segundo, no ha de ser otra cosa que un ejercicio y una aplicación del primero, es decir, de la fe, fidelidad, confianza, esperanza y amor de Dios que siempre el primer mandamiento es el principal de todos y la fe es la obra suprema y la vida de todas las demás, sin la cual, como queda dicho, no podrían ser buenas.

Pero si dices: ¿cómo, si no puedo creer que mi oración sea atendida y sea grata? Contesto: precisamente por eso se te ha mandado que creas, ores y realices todas las demás buenas obras para que te des cuenta de lo que puedes hacer y de lo que no puedes efectuar. Y cuando notas que no puedes creer y obrar así, debes lamentarte humildemente por ello ante Dios. Así comienzas con un débil destello de la fe y la fortaleces más y más ejercitándola en toda vida y obra. No hay nadie en la tierra que no tenga fuerte participación en la falta de fe (esto es del primero y supremo mandamiento). También los santos apóstoles, como lo demuestra el evangelio, y principalmente San Pedro, eran débiles en la fe, de modo que rogaron a Cristo, diciendo: "Auméntanos la fe". Y Cristo frecuentemente los reprende por tener poca fe. Por ello no debes desesperar ni cruzar los brazos y estirar las piernas, por no estar tan fuerte en la fe, en la oración o en otras obras como debieras o quisieras ser. Hasta has de dar gracias a Dios de todo corazón que de esa manera te revela tu debilidad. Con ello te enseña y te exhorta que te es menester ejercitarte y día tras día fortalecerte en la fe. Porque ¿cuántas personas ves que despreocupadas oran, cantan, leen, obran y parecen grandes santos, pero, no obstante, jamás llegan al punto de conocer cuál es su situación frente a la obra principal: la fe? Enceguecidos, se seducen a sí mismos y a otros. Creen que su proceder es correcto. Así edifican en secreto sobre la arena de sus obras, sin fe alguna en la gracia de Dios y sus promesas por medio de una fe fuerte y pura.

Por consiguiente, mientras que vivamos, sea cuanto tiempo que quisiere, tenemos muchísimo que hacer para quedar discípulos del primer mandamiento y de la fe, con todas las obras y sufrimientos, y no cesar de aprender. Nadie sabe cuan grande es confiar sólo en Dios sino aquel que lo comienza y lo ensaya con obras.

7. Ahora piensa una vez más: Si no se hubiese mandado ninguna buena obra más, ¿no bastaría con la sola oración para ejercitar toda, la vida del hombre en la fe? Para tal obra han sido ordenados especialmente estados eclesiásticos, como en tiempos pasados algunos padres oraban día y noche. Hasta no hay cristiano que no tenga que orar incesantemente. Pero me refiero a la oración espiritual. Es decir, nadie, cuando quiere, está tan fuertemente cargado por su trabajo que no pueda hablar, al lado del trabajo, en su corazón con Dios, exponerle sus adversidades y las de otros hombres, desear auxilio, rogar y en todo ello ejercitar y fortalecer su fe.

A esto se refiere el Señor, en Lucas 18: "Es necesario orar siempre y no desmayar". En Mateo 6 le prohíbe las muchas palabras y la oración larga y reprende a los hipócritas. No es mala la oración larga, pero no es la oración verdadera que puede elevarse en todo tiempo y que sin el ruego interior de la fe no es nada. Debemos cultivar también la oración exterior a su tiempo, máxime en la misa, como exige este mandamiento y cuando es provechosa para la oración interior y la fe, ya sea en la casa, en el campo, en esta obra o en aquella, que aquí no puede ser tratado más explícitamente, puesto que esto corresponde al padrenuestro, en el cual en breves palabras están comprendidas todas las peticiones y la oración hablada.

8. ¿Dónde están los que desean conocer buenas obras y llevarlas a cabo? Si sólo se ocupan de la oración y la practican rectamente en la fe, se darán cuenta de que es cierto lo que dijeron los Santos Padres, que no hay un trabajo como la oración. Murmurar con la boca es fácil o se considera que es sencillo. Empero es un hecho grande ante los ojos de Dios seguir las palabras con un corazón sincero en devoción profunda, es decir, en deseos y en la fe ansiar seriamente lo que significan las palabras, no dudando de ser escuchado.

A esto, el espíritu maligno se opone con la totalidad de las fuerzas. ¡Oh, cuántas veces impedirá aquí el deseo de orar, no dando tiempo ni lugar! Hasta a menudo suscitará dudas respecto a la dignidad del hombre para rogar a una majestad como lo es Dios. Confundirá al hombre de modo que no sepa si es serio o no lo que está rogando o si es posible que su oración sea grata y otros semejantes pensamientos extraños más. El diablo sabe bien cuan poderosa es la

recta oración creyente de un solo hombre; cuánto le afecta y cuan útil es a todos los hombres. Por ello no le gusta que se haga. Allí el hombre ha de ser prudente y no debe dudar de que él y su oración son indignos ante tal majestad inmensa. De ningún modo ha de fiarse de su dignidad o ha de cesar a causa de su indignidad. Por el contrario, debe atender el mandamiento de Dios, recordándose, y orar oponiéndose al diablo, y decir: "Por mi dignidad no he empezado nada y por mi indignidad no he dejado de hacer nada. Ruego y obro por el solo hecho de que Dios por su sola bondad ha prometido a todos los indignos que serán escuchados y obtendrán la gracia". Hasta no sólo se lo ha prometido, sino les ha ordenado muy severamente orar, confiar y aceptar so pena de su eterno disfavor e ira. La alta majestad se ha dignado a obligar tan fuerte y estrictamente a tales indignos gusanitos suyos que rueguen a él, confíen en él y acepten de él. Por esto, no me será excesivo aceptar tal mandamiento con todo gozo, por digno o indigno que yo fuere. De esta manera hay que repudiar las insinuaciones del diablo por medio del mandamiento de Dios. Así terminará y de otra manera jamás.

9. ¿Cuáles son las cosas y las necesidades que debemos proponer y pedir a Dios todopoderoso en la oración para ejercitar la fe en ella? Contesto: Son primero las adversidades y las necesidades que a cada uno apremian. De ello dice David en el Salmo 31: "Tú eres mi refugio en toda la angustia que me rodea y eres mi consuelo para librarme de todo mal que me circunda", ítem en el Salmo 142: "Con mi voz he clamado a Dios, el Señor; con mi voz he rogado a Dios. Delante de sus ojos expondré mi oración. Delante de él derramaré cuanto me apremia". Del mismo modo el cristiano en la misa propondrá lo que siente, que le falte o tenga de más y todo eso derramará con franqueza ante Dios llorando y gimiendo tan lastimosamente como pueda, como delante de su fiel padre que está dispuesto a ayudarlo. Si no sabes o conoces tu desgracia o no sientes tentación, debes saber que tu situación es pésima. Pues es la mayor tentación que te encuentres tan obstinado, duro de corazón e insensible que ninguna tentación te afecte.

Pero no hay espejo mejor en el cual puedas advertir tu desdicha que precisamente los diez mandamientos, en los cuales hallarás lo que te falta y lo que debes buscar. Luego, si adviertes en tí una fe débil, poca esperanza y escaso amor de Dios; también, cuando no alabas ni honras a Dios, sino amas la propia honra y gloria; cuando estimas mucho el favor de los hombres y no te gusta oír misa y sermón; cuando eres perezoso para orar —estos defectos abundan en todos— debes tener estas faltas por más graves que todos los daños corporales en bienes, honra y cuerpo, puesto que son peores que la muerte y todas las enfermedades mortales. Debes proponer estos defectos con seriedad a Dios, reclamar y pedir auxilio y con toda confianza esperar que "serás atendido y obtendrás la ayuda y la gracia. Luego, recurre seguidamente a la otra tabla de los mandamientos y ve como has sido desobediente al padre, a la madre y a toda autoridad y aún lo eres; como has incurrido en ira y odio e insulto frente a tu prójimo; como te tienta la deshonestidad, la avaricia y la injusticia en hechos y palabras con respecto a tu prójimo. Así, sin duda te darás cuenta de que estás sumido en toda desgracia y miseria y tendrás motivos suficientes de llorar hasta gotas de sangre, si pudieras.

10. Pero sé muy bien que muchos de ellos son tan necios que no quieren pedir estas cosas si no están limpios anteriormente, opinando que Dios no atiende a nadie que esté sumido en pecado. La culpa la tienen los predicadores falsos que comienzan a enseñar, no acerca de la fe y de la confianza en la merced de Dios, sino de las propias obras.

Pobre hombre, si te rompes una pierna o si te sobreviene un peligro corporal de muerte, llamas a Dios, a este santo o a aquél, y no esperas hasta que se sane tu pierna o pase el peligro. Y no eres tan necio de creer que Dios no escucha a nadie que tiene la pierna rota o está en peligro mortal. Plasta opinas que Dios debe atenderte más cuando estás en la mayor miseria y angustia. Así, ¿por qué en este caso estás tan atolondrado, cuando hay una desgracia inmensamente grande

y daño eterno y no quieres rogar previamente por fe, esperanza, amor, humildad, obediencia, castidad, mansedumbre, paz y justicia, si no estás anteriormente libre de toda incredulidad, duda, soberbia, desobediencia, deshonestidad, cólera, avaricia e injusticia? Al contrario, cuanto más defectos hallares en ti en este sentido, tanto más frecuente y diligentemente deberías orar y clamar.

Somos tan ciegos que con enfermedad y desgracia corporales acudimos a Dios, pero con la enfermedad del alma huimos de él y no queremos volver sin estar antes sanos. Es como si existiese algún otro dios que pudiera sanar el cuerpo y otro capaz de curar el alma, o si en la miseria espiritual, que es mayor que la corporal, pudiésemos ayudarnos a nosotros mismos. Estas son opiniones e ideas diabólicas.

No así, querido; si quieres sanar de pecados no debes sustraerte a Dios sino más animado acudir a él y rogarle como si hubieses sufrido una desgracia corporal. Dios no es enemigo de los pecadores, sino sólo de los incrédulos, es decir, de los que no advierten sus pecados, no lamentan ni buscan auxilio contra ellos en Dios, sino en su orgullo quieren limpiarse previamente a sí mismos y no depender de su gracia. No quieren dejarlo ser un Dios que lo da todo a cualquiera y a su vez no toma nada.

11. Todo eso se dijo de la oración por necesidad propia y en general. Pero la oración que en sentido estricto corresponde a este mandamiento y se llama obra del día de reposo, es mucho mejor y mayor. Debe rezarse por la unión de toda la cristiandad, por toda necesidad de todos los hombres, enemigos y amigos, sobre todo por los problemas que hay en la parroquia o en el episcopado de cada cual. Así San Pablo mandó a su discípulo Timoteo: "Te amonesto que procures se hagan rogativas y peticiones por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad, porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador". Lo mismo en Jeremías 29 mandó al pueblo de Israel que rogase por la ciudad y el país de Babilonia porque la paz de la urbe sería también su paz, y Baruc 1: "Rogad por la vida del rey de Babilonia y por la vida de su hijo para que vivamos en paz bajo su gobierno".

Esta oración general es preciosa y la más potente por la cual también nos reunimos. Por esto la iglesia se llama también casa de oración, porque allí todos juntos en armonía nos ocupamos de las necesidades nuestras y de las de todos los hombres, las proponemos a Dios e imploramos su gracia. Por esto, debe hacerse con emoción del alma y con seriedad, porque tal necesidad de todos los hombres ha de tocarnos en el alma y debemos rogar así con verdadera compasión por ellos en recta fe y confianza. Si tal oración no se elevase en la misa, ésta debería ser suprimida. ¿Cómo concuerda el que, por una parte, nos reunamos corporalmente en una casa de oración lo cual indica que en común hemos de clamar y rogar por toda la comunidad, con la realidad de que individualicemos las oraciones, y las partamos de moda que cada uno sólo pide por sí mismo y ninguno atiende al otro ni se preocupa de la necesidad de nadie? ¿Cómo una oración tal puede llamarse útil, buena, grata y común u obra del día de reposo y de la asamblea? Así proceden los que rezan sus propias oraciones pequeñas, uno por esto, otro por aquello. No tienen sino oraciones egoístas que buscan sólo la ventaja propia. Dios es enemigo de tales oraciones.

12. Un indicio de que la oración general es una costumbre antigua es el hecho de que al final del sermón se reza la confesión y se ruega en el pulpito por toda la cristiandad. Más no debería bastar con esto, como es ahora el modo y uso, sino habría de ser una exhortación de rogar durante toda la misa por las necesidades que el predicador indique. Éste debe amonestarnos previamente por nuestros pecados, humillándonos con eso para que reguemos dignamente. Ello

puede hacerse en forma brevísima, para que después los feligreses mismos confiesen sus pecados todos en conjunto ante Dios y rueguen por todos con seriedad y fe.

Oh, si plugiera a Dios que alguna comunidad todavía oyese misa y orase de este modo, de manera que un serio clamor del corazón de todo el pueblo en común subiera a Dios, ¡qué virtud infinita y auxilio resultaría de la oración! ¿Qué cosa peor podría ocurrir a todos los espíritus malos? ¿Qué obra mayor podría realizarse en la tierra? Por ella se conservarían tantos hombres buenos y se convertirían tantos pecadores.

Por cierto, la iglesia cristiana en la tierra no tiene mayor poder ni obra que tal oración general contra todo lo que pueda sucederle. Lo sabe muy bien el espíritu maligno y por ello hace cuanto puede para suprimir esta oración. Nos hace edificar lindas iglesias, instituir muchas fundaciones, tocar el órgano, leer y cantar, celebrar muchas misas y desplegar una pompa sin medida. Esto no lo afecta, hasta ayuda que tengamos esas actividades por lo mejor y que nos parezca haber cumplido bien de esta manera. Empero esta oración general fuerte y fructífera desaparece al lado de ellas y a causa de semejante fausto imperceptiblemente se acaba. Entonces tiene lo que quería. Donde está paralizada la oración, nadie le quitará algo y nadie se le opondrá tampoco. En cambio, si advirtiera que esta oración se usa, aunque fuese bajo un techo de paja o en una porqueriza, por cierto no lo dejaría pasar sino que temería mucho más esta misma porqueriza que todas las iglesias altas, grandes y hermosas, las torres, las campanas que pudiera haber en alguna parte, donde no se usara tal oración. En verdad, lo que importa no son los lugares ni los edificios donde nos reunimos, sino solamente esta oración invencible, y que nos unamos verdaderamente en ella y la presentemos a Dios.

13. La eficacia de esta oración la notamos por el siguiente hecho: antaño Abraham suplicó por las cinco ciudades, Sodoma, Gomorra, etc., y logró que Dios no las destruyera siempre que hubiese diez hombres buenos en ellas, dos en cada una. ¿Qué haría Dios, si muchos en común le rogasen de todo corazón y con seriedad y confianza? También dice Santiago 5: "Amados hermanos, rogad los unos por los otros, para que seáis salvos; la oración del justo puede mucho, cuando insiste o no cesa". Esto es que no deje de seguir rogando, aunque no obtenga pronto lo que pide, como hacen algunos pusilánimes. Pone por ejemplo a Elías, el profeta, quien era hombre (dice) como nosotros y rogó que no lloviese. Y no llovió durante tres años y seis meses. Por otra parte, rogó y cayó lluvia y todo se volvió fértil. En las Escrituras hay muchos pasajes y ejemplos que nos impelen a rogar con tal que se haga con seriedad y fe. Así dice David en el Salmo 33: "He aquí, el ojo de Dios está sobre los que lo temen y sus oídos atienden sus oraciones". También: "Cercano está Dios a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras". ¿Por qué añade "invocar de veras"? A saber, que no es orar e invocar cuando sólo murmuran los labios.

¿Qué hará Dios, si así te presentas con tu boca, tu devocionario y tu padrenuestro, sin pensar en más que en terminar con las palabras y en cumplir el número? Si alguien te pregunta de qué se trata o qué te has propuesto pedir, tú mismo no lo sabrás, porque no fue tu intención presentar a Dios esto o aquello y deseárselo. La única causa para orar es que te han impuesto rezar tanto y tanto. Con esto quieres cumplir y realizarlo. No es extraño que el rayo y el trueno tantas veces incendien iglesias, porque de la casa de oración hacemos una casa de escarnio. Hablamos de oración, aun cuando en ella no proponemos ni ansiamos nada. Deberíamos proceder como los que quieren pedir algo a los grandes príncipes, que no se proponen presentar sólo una serie de palabras, porque en este caso el príncipe creería que se burlan de él o que están fuera de sí, sino que formulan su petición sencilla y claramente y exponen su desgracia con asiduidad. No obstante, lo dejan al criterio de su merced con la firme confianza de ser atendidos. Lo mismo debemos tratar con Dios de cosas ciertas, invocar su nombre en alguna necesidad apremiante,

encomendándola a su gracia y buena voluntad y no dudando de ser escuchados. Dios ha prometido atender semejantes ruegos, lo que no ha hecho príncipe terrenal alguno.

14. Este modo de rogar lo practicamos magistralmente cuando sufrimos en nuestro cuerpo. Si alguno está enfermo invoca a San Cristóbal l16, otro a Santa Bárbara¹²⁷; otro hace votos de peregrinar a Santiago de Compostela, para acá y acullá. Entonces hay oración seria, firme confianza y toda suerte de buena oración. Pero cuando en la iglesia asistimos a misa, estamos rígidos como simples estatuas y no sabemos presentar nada ni quejarnos de algo. Corren las cuentas del rosario, pasan las hojas del devocionario y los labios murmuran. Y de esto no resulta nada.

Mas si preguntas qué debes proponer y qué presentar en la oración, fácilmente puedes instruirte por los diez mandamientos y el padrenuestro. Abre los ojos y mira tu vida y la de toda la cristiandad, sobre todo el estado eclesiástico, y verás que están decaídos la fe, la esperanza, el amor, la obediencia, la castidad y todas las virtudes. Imperan toda clase de vicios horribles. Faltan predicadores y prelados buenos. Gobiernan meros bribones, niños, orates y mujeres. Advertirás que será menester prevenir tal ira terrible de Dios mediante ruegos, con lágrimas de sangre orando siempre sin cesar en todo el mundo. Es muy cierto que jamás hacía más falta rogar que en nuestra época y seguir orando hasta el fin del mundo. Si tales horrendas deficiencias no te conmueven para lamentación y lloro, no deben engañarte tu estado, tu orden, buenas obras u oraciones. No habrá en ti ninguna vena ni vestigio de Cristo, seas tan piadoso como fueres. Se ha dicho claramente que en los tiempos cuando Dios más se encoleriza y la cristiandad sufre la mayor miseria, no habrá intercesores y procuradores frente a Dios, como dice Isaías llorando, en el capítulo 64: "Te encolerizas con nosotros y desgraciadamente no hay nadie que "se despierte para detenerte", ítem, Ezequiel 22 dice: "Busqué entre ellos alguno que hiciese vallado, y que se me opusiera y me resistiese; mas no lo hallé. Por tanto, derramé sobre ellos mi ira; con el fuego de mi ira los consumí". Con estas palabras indica Dios como él quiere que lo detengamos a él y nos opongamos a su ira, los unos por los otros. Así está escrito del profeta Moisés, que muchas veces detuvo a Dios para que no derramase su ira sobre el pueblo de Israel.

15. ¿Dónde han de quedar, pues, los que no sólo no advierten semejante desgracia de la cristiandad, ni interceden, sino ríen, tienen complacencia en ello, juzgan, calumnian, hacen públicos los pecados del prójimo? No obstante, impertérritos y desvergonzados pueden ir a la iglesia, oír misa, rezar oraciones y tenerse por buenos cristianos y hacerse pasar por tales. Sería menester que se rogara dos veces por ellos, mientras se ora una vez por aquellos que son juzgados, difamados y ridiculizados por ellos. Que habrá esa clase de gente también en lo futuro se anunció por el malhechor a la izquierda que injurió a Cristo en su padecimiento, angustia y desgracia y por todos los que se mofaron de Cristo en la cruz cuando deberían haberlo ayudado a lo extremo.

Oh Dios, ¡qué ciegos, qué insensatos nos hemos tornado nosotros los cristianos! ¿Cuándo terminará tu ira, Padre celestial? Es nuestra torpe sensualidad la que nos impulsa a burlarnos, blasfemar y juzgar la desdicha de la humanidad, para orar por la cual nos reuníamos en la iglesia y la misa. Cuando los turcos destruyen ciudades, países y gentes y devastan iglesias, creemos que la cristiandad ha sufrido un daño importante. Nos lamentamos e invitamos a reyes y príncipes a luchar. Mas, cuando se pierde la fe, se enfría el amor, decrece la palabra de Dios y abunda toda clase de pecados, nadie piensa en luchar. Hasta los papas, obispos, sacerdotes y religiosos que en esa guerra espiritual contra esos males espirituales —mucho más peligrosos que los turcos— deberían ser duques, capitanes y alféreces, ellos mismos son los príncipes y conductores de tales turcos y del ejército infernal, como Judas fue guía de los judíos cuando prendieron a Jesús. Debía ser un apóstol, un obispo, un sacerdote, uno de los mejores, quien comenzó a dar muerte a Cristo.

Así también la cristiandad debe ser destruida por los que tendrían la obligación de defenderla. No obstante, quedan tan insensatos que quieren comerse al turco y en su propia tierra incendian la casa y el redil de ovejas y los dejan quemarse con las ovejas y cuanto se halla adentro. Y sin embargo, piensan en el lobo del bosque. Así es esta época, este es el premio que hemos merecido por ser ingratos frente a la infinita gracia que Cristo nos adquirió gratuitamente con su preciosa sangre, grande fatiga y amarga muerte.

16. ¿Dónde están los ociosos que no sepan cómo hacer buenas obras? ¿Dónde están los que van a Roma, a Santiago de Compostela, para acá y .acullá? Ocúpate sólo de esta obra de la misa; mira el pecado y la caída de tu prójimo; ten misericordia de él, siente compasión; lamentate ante Dios e implórale; haz lo mismo con todas las demás adversidades de la cristiandad, principalmente de las autoridades, que para nuestro castigo y tormento inaguantables Dios permite que caigan tan tremendamente y sean engañadas. Si lo haces con diligencia, está seguro de que eres uno de los mejores luchadores y duques no sólo contra los turcos, sino también contra los diablos y las potestades del infierno. Empero, si no lo haces, nada te aprovecharía que realizases todos los milagros de todos los santos y matases a todos los turcos, si se hallara que fueses culpable de no haberte preocupado de la desgracia de tu prójimo y de esa manera haber pecado contra el amor. En el día del juicio, Cristo no preguntará cuánto rogaste por ti, cuánto ayunaste, peregrinaste y cuánto hiciste de esto y aquello, sino cuánto ayudaste a los demás, los más humildes. Ahora, entre los humildes indudablemente se hallan también aquellos que están en pecado y en pobreza, cárcel y desgracia espirituales. Actualmente hay de ellos mucho más que los que sufren males corporales. Por ello, mira tu camino. Nuestras propias buenas obras, que nos hemos elegido, concentran nuestra atención en nosotros mismos, para que busquemos sólo nuestra utilidad y nuestra salvación. Mas los mandamientos de Dios nos dirigen hacia nuestro prójimo para que de esa manera sólo seamos útiles a los demás para su salvación, como Cristo en la cruz no sólo rogó por sí mismo, sino más aún por nosotros, cuando dijo¹: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Así debemos rogar también nosotros, los unos por los otros. De ello cada cual puede deducir que son gente mala y perversa los que calumnian, juzgan los delitos ajenos y menosprecian a otras personas. No hacen otra cosa que sólo agraviar a aquellos por los cuales deberían gozar. En este vicio nadie está tan sumido como precisamente los que realizan muchas buenas obras propias y aparentan ser algo destacado entre los hombres y son estimados por sus actividades que parecen ser sublimes en toda suerte de buenas obras.

17. Este mandamiento, según su sentido espiritual, comprende una obra aún mejor, que abarca toda la naturaleza humana. En conexión con esto, hay que saber que sábado, en hebreo, significa feriado o reposo. Porque Dios reposó el séptimo día y acabó todas las obras que había creado, Génesis 2. Por ello, mandó también en Éxodo 20 a que se santificase el séptimo día y que interrumpiésemos nuestras obras que estamos realizando en los seis días. Este mismo sábado, es trocado para nosotros en domingo, y los demás días se llaman laborables. El domingo se llama día de reposo o día feriado o día santo. Plegué a Dios que en la cristiandad no haya días feriados sino el domingo y que las fiestas de Nuestra Señora y de los santos se festejen todas en el domingo. De esta manera muchas maldades no se llevarían a cabo por el trabajo de los días laborables. Tampoco quedarían los países tan empobrecidos y consumidos. Mas ahora estamos plagados con muchos días de fiesta para perdición de las almas, cuerpos y bienes. Sobre este tema se podría decir mucho.

Este reposo o interrupción del trabajo es de carácter doble: corporal y espiritual. Por ello también este mandamiento se interpreta en dos sentidos.

¹ Lucas 23:34.

El feriado y reposo corporales, como se dijo arriba, consisten en dejar nuestra tarea profesional y trabajo, para reunimos en la iglesia, asistir a misa, oír la palabra de Dios y rogar en común al unísono. Por cierto este feriado es de índole corporal y ya no ha sido ordenado por Dios en la cristiandad, como dice el apóstol, en Colosenses 2: "No os dejéis obligar por nadie a día feriado alguno", porque ellos han sido en la antigüedad prefiguraciones; pero ahora se ha verificado la realidad, de modo que todos los días son días feriados, como dice Isaías 66: "Un día de reposo seguirá al otro", y por otra parte todos los días serán laborables. No obstante, el día feriado es necesario y está ordenado a causa de los laicos imperfectos y de los trabajadores para que puedan ir a oír la palabra de Dios. Como vemos, los sacerdotes y eclesiásticos celebran misa todos los días, rezan a toda hora y se ejercitan en la palabra de Dios estudiando, leyendo y oyendo. A tal efecto, a diferencia de los demás, están liberados del trabajo, provistos de rentas y tienen feriado todos los días. También todos los días realizan las obras del día de reposo, y no tienen día laborable, sino un día es como el otro. Si todos fuésemos perfectos y conociésemos el evangelio, podríamos trabajar todos los días si quisiésemos, o reposar si pudiéramos, pues ahora no hay necesidad ni ha sido ordenado reposar, sino con el solo objeto de aprender la palabra de Dios y de orar.

El feriado espiritual a que Dios se refiere especialmente en este mandamiento, consiste en esto: que no sólo dejemos el trabajo y la tarea profesional, sino más bien que solamente a Dios dejemos obrar en nosotros y no obremos nada propio con todas nuestras fuerzas. Pero ¿cómo sucede esto? Esto acontece así: el hombre, corrompido por el pecado, tiene mucha mala tendencia e inclinación hacia todos los pecados, como la Escritura dice en Génesis 8: "El corazón y la mente del hombre siempre se inclinan a lo malo", esto es, soberbia, desobediencia, ira, odio, avaricia, deshonestidad, etc. En suma, en todo lo que hace y deja, el hombre busca su utilidad, su voluntad, su honra más que las de Dios y de su prójimo. Por ello, todas sus obras, todas sus palabras y pensamientos y toda su vida son malos y no divinos.

Si Dios ha de obrar y vivir en él, todos estos vicios y maldades deben ser eliminados y extirpados para que haya reposo y pausa de todas nuestras obras, palabras, pensamientos y vida, y en adelante (como dice Pablo en Gálatas 2) que no nosotros sino Cristo viva, obre y hable en nosotros. Esto no sucede con días agradables y buenos, sino es menester causar dolor a la naturaleza y hacerla sufrir. Aquí se suscita la lucha entre el espíritu y la carne. El espíritu se opone a la cólera, la voluptuosidad, la soberbia, mientras que la carne quiere vivir en gozo, honra y sosiego. De esto dice San Pablo en Gálatas 5: "Los que son de Cristo, han crucificado la carne con los vicios y concupiscencias". Siguen después las buenas obras, ayunos, vigiliias y trabajos. De esto algunos hablan y escriben tanto, mientras no saben ni comienzo ni fin de ellas. Por esto diremos también algo sobre este tema.

18. El feriado en que interrumpimos nuestra tarea y que sólo Dios obra en nosotros, se verifica de dos maneras; primero, por nuestra ejercitación propia; segundo, por los ejercicios y los impulsos de otras personas ajenas. Nuestra propia ejercitación debe efectuarse y ordenarse del siguiente modo: Primero, cuando notamos que nuestra carne, nuestra mente, nuestra voluntad y pensamiento nos irritan, hemos de oponérselos y no seguirlos, como dice el Sabio en Eclesiástico 18: "No cedas a tus apetitos". Y Deuteronomio 12: "No hagas lo que te parece".

En este caso, el hombre debe usar diariamente las oraciones que reza David: "Señor, guíame en tu camino, y no me dejes andar por mis senderos". Hay muchas más y todas están comprendidas en la oración: "Venga a nosotros tu reino". Los apetitos son muchos y muy variados y a veces por sugerencia del maligno tan arteros, sutiles y de buena apariencia que no es posible para un hombre gobernarse a sí mismo en su camino. En vez de ponderar la propia actividad debe encomendarse al gobierno de Dios, no confiar en su razón, como dice Jeremías 10:

"Señor, sé que el hombre no dispone de su camino". Esto se demostró cuando los hijos de Israel desde Egipto pasaban por el desierto, donde no había ni camino ni comida, ni bebida, ni refugio. Por ello Dios iba delante de ellos, de día en una nube clara, de noche en una columna de fuego; les daba pan celestial del cielo; conservaba su vestido y calzado que no se rompiesen, como leemos en los libros de Moisés. Por ello, rogamos: "Venga a nosotros tu reino", para que tú nos gobiernes y no nosotros mismos, puesto que en nosotros no hay cosa peor que nuestra razón y nuestra voluntad. Es la suprema y primera obra de Dios en nosotros y el mejor ejercicio interrumpir nuestra tarea, renunciar a la razón y a la voluntad, reposar y encomendarnos a Dios en todas las cosas, ante todo cuando parecen espirituales y buenas.

19. Después siguen los ejercicios de la carne, de mortificar los apetitos groseros y malos, para alcanzar reposo y tener feriado. Los tenemos que apagar y calmar con ayunos, vigiliias y trabajos. De esta causa aprendemos cuánto y por qué debemos ayunar, vigilar o trabajar.

Por desgracia hay muchos hombres ciegos que practican la mortificación, trátense de ayunar, vigilar o trabajar, por la única causa que creen que son buenas obras por las cuales se logran grandes méritos. Por eso se comprometen y algunos de ellos llegan al extremo de arruinar el cuerpo y enloquecer la cabeza. Más ciegos aún son los que miden, el ayuno no sólo por la frecuencia y la duración como aquéllos, sino también por la comida, opinando que es mucho más excelente no comer carne, huevos o mantequilla. Además, hay algunos que en los ayunos se guían por los santos y lo observan según días elegidos. Uno ayuna los miércoles, otro los sábados, uno el día de Santa Bárbara, otro de San Sebastián, etc. Todos ellos no buscan en los ayunos más que la obra en sí misma. Si han llevado a cabo ésta, creen que está bien hecha. No hablaré de los que ayunan de modo que, no obstante, beben con exceso. Otros ayunan con tanto pescado y otras viandas que se practicaría mucho mejor el ayuno comiendo carne, huevos y mantequilla y tendrían un beneficio mucho mejor de su ayuno. Ayunar así no es ayuno, sino burlarse del ayunar y de Dios.

Por ello, admito que cada cual elija el día, la comida y la cantidad, como él quiera, con tal que no se limite a eso, sino que cuide su carne. Si es voluptuosa y fatua, le imponga en proporción ayuno, vigilia y trabajo y no más, aun cuando lo hayan mandado el papa, la iglesia, el obispo, el confesor o quien sea. Nadie debe tomar jamás la medida y la regla del ayuno, de la vigilia y del trabajo, considerando la vianda, la cantidad o los días, sino como norma la disminución o el aumento de la voluptuosidad y concupiscencia de la carne. Sólo para apagarlas y calmarlas se instituyeron el ayuno, la vigilia y el trabajo. Si no existiese esa voluptuosidad, comer valdría tanto como ayunar; dormir, tanto como estar de vigilia; estar ocioso, como trabajar. Una cosa sería tan buena como la otra y no habría diferencia.

20. Si alguien advierte que el pescado le ha originado más concupiscencia en su cuerpo que los huevos y la carne, debe comer carne y no pescado. En cambio, si notase que la cabeza se le torna aturdida y confusa o el estómago y el vientre le quedan afectados por el ayuno, y si no fuese menester apagar la sensualidad de su carne ni debiera haber ayuno, entonces ha de suprimirlo del todo y comer, dormir y andar ocioso cuanto le haga falta para la salud. No importa que se opongan los mandamientos de la iglesia o las reglas de la orden y las autoridades. Ningún mandamiento de la iglesia, ninguna regla de orden alguna puede llevar más el ayuno, la vigilia, y el trabajo y llevarlos más allá de lo que sirve y es útil para calmar y apagar la carne y su desenfreno. Donde esto se pasa mucho por alto y el ayuno, la abstinencia de comida y sueño y la vigilia se llevan a un extremo que el cuerpo no puede aguantar o a lo que no es necesario para apagar la concupiscencia, y cuando se arruina la naturaleza y se trastorna la mente, nadie debe creer haber hecho buena obra y no puede disculparse invocando el mandamiento de la iglesia o la regla de la orden. Se lo estimará como un tal que se abandonó a sí mismo y, en cuanto a él le

atañe, llegó a ser su propio asesino. El cuerpo no se nos dio para que le quitásemos su vida y obra naturales, sino sólo para exterminar su concupiscencia, a no ser que sus apetitos fuesen tan fuertes y grandes que uno no pudiera resistirse sin ruina y daño de la vida natural. Como dije, en los ejercicios de ayunar, de vigilia y de trabajo, uno no debe fijarse en las obras en sí mismas, ni en los días, ni en la frecuencia, sino sólo en el Adán libidinoso y voluptuoso para quitarle el prurito.

21. Por eso podemos juzgar cuan sabiamente o cuan locamente proceden algunas mujeres cuando están embarazadas o cómo hay que comportarse con los enfermos. Las insensatas observan el ayuno tan severamente que ponen en peligro el fruto de su vientre y a sí mismas antes de dejar de ayunar como los demás. Tienen escrúpulos cuando no hay motivo, y cuando hay causa, no los tienen. Todo es culpa de los predicadores que hablan del ayuno sin circunspección no indicando jamás su verdadero uso, su medida, su fruto, su motivo y su fin. Igualmente habría que dejar comer y beber a los enfermos lo que quisiesen. En fin, donde termina la concupiscencia de la carne, ya desapareció toda causa de ayunar, vigilar y trabajar, de comer esto y aquello y ya no hay mandamiento alguno que obligue.

Por otra parte, hay que cuidarse de que no nazca de esta libertad pereza negligente para combatir la voluptuosidad de la carne. Porque el Adán vivo es muy astuto para liberarse de la obligación bajo el pretexto de evitar daños al cuerpo y a la cabeza. Algunos proceden como pelmazos y dicen que no es menester y que no está mandado ayunar y mortificar. Quieren comer esto y aquello sin miedo, como si durante mucho tiempo se hubiesen ejercitado intensamente con ayunos, mientras que no lo han probado nunca.

No menos hay que evitar escándalo frente a los que no son suficientemente sensatos y tienen por gran pecado cuando uno no ayuna o come con ellos según su manera. Hay que enseñarles suavemente y no menospreciarlos con altanería o comer esto o aquello desafiándolos, sino hay que indicarles la causa por qué es justo que así se haga, y llevarlos, paulatinamente, a la misma comprensión. Mas cuando se muestran tercos y no quieren atender, debemos dejarlos y proceder como sabemos que es justo.

22. El otro ejercicio que nos sobreviene por parte de otros, lo experimentamos cuando hombres o diablos nos agravan, cuando nos quitan los bienes, cuando enferma nuestro cuerpo y nos privan de la honra, y todo ello nos conmueve a ira, impaciencia e inquietud. Pues la obra de Dios gobierna en nosotros según su sabiduría y no según nuestra razón y conforme a su pureza y castidad y no de acuerdo con la voluptuosidad de nuestra carne. La obra de Dios es sabiduría y pureza, nuestra obra es necedad e impureza. Éstas han de suprimirse. Así la obra de Dios debe gobernar en nosotros según su paz y no conforme a nuestra cólera, impaciencia y desasosiego. Pues la paz también es obra de Dios; la impaciencia es obra de nuestra carne. Ésta debe cesar y quedar anonadada. Así, en todas partes festejamos un día feriado espiritual; interrumpimos nuestra tarea y dejamos obrar a Dios en nosotros.

Por consiguiente, para frenar tales obras nuestras y con el fin de mortificar a Adán, Dios carga sobre nuestras espaldas muchas cosas que nos conmueven a la ira; muchos padecimientos que nos irritan a la impaciencia, y finalmente también la muerte y el deshonor por el mundo. Con ello sólo trata de expulsar la ira, la impaciencia y la discordia, a fin de realizar en nosotros sus obras, es decir, darnos paz. Así dice Isaías 28: "Se ocupa la obra ajena para llegar a la obra propia". ¿Qué significa esto? Manda sufrimiento y desasosiego para enseñarnos paciencia y paz. Mándanos morir, para darnos vida, hasta que el hombre pase por la prueba y se torne tan sosegado y quieto que no se conmueva, le vaya bien o mal, muera o viva, sea honrado o agraviado. Entonces sólo Dios habita en él, y ya no hay obra humana. Esto se llama observar rectamente el día de reposo y santificarlo. Entonces el hombre no se guía a sí mismo; no siente

gozo ni tristeza, sino Dios mismo lo guía; hay mero gozo divino, alegría y paz con todas las demás obras y virtudes.

23. Dios estima tanto estas obras que no sólo manda observar el día de reposo, sino también santificarlo y tenerlo por sagrado. Con ello indica que no hay cosa más preciosa que padecer, morir y toda clase de desgracia. Pues son una cosa santa y santifican al hombre conduciéndolo de sus obras a las de Dios, como una iglesia prescindiendo de las obras naturales se consagra para los oficios divinos. Por ello el hombre ha de tenerlas por cosa santa. Debe estar contento y dar gracias a Dios cuando le sobrevengan, puesto que cuando llegan, lo santifican de modo que cumple con este mandamiento y llega a ser bienaventurado y redimido de sus obras pecaminosas. Así dice David: "Estimada es en sus ojos la muerte de sus santos".

Con el fin de fortalecernos para ello, no sólo nos ordenó este reposo —a la naturaleza no le agrada nada morir y padecer y es un amargo día feriado estar privado de las obras y morir— sino en la Escritura nos consoló con muchas palabras, diciendo en el Salmo 91: "Con él estaré en la angustia y lo libraré", ítem Salmo 34: "El Señor está cerca de todos los que sufren, y los ayudará".

Además, y como ejemplo sólido y convincente de ello dio a su amado hijo unigénito Jesucristo, nuestro Señor, que yace todo el sábado, día feriado, exento de toda obra. Como primero cumplió con este mandato, aunque, por cierto, no para sí mismo, sino sólo para nuestra consolación para que también en todos los sufrimientos y en la muerte estemos tranquilos y tengamos paz en vista de que Cristo, después del reposo y feriado, resucitó, y en adelante sólo vive en Dios y Dios en él. Lo mismo sucede también con nosotros por la mortificación de nuestro Adán. Esto se realiza en forma perfecta solamente por la muerte natural y la sepultura con lo cual somos elevados hacia Dios y él vive y obra en nosotros eternamente.

Tales son las tres partes del hombre, la razón, el goce y la displicencia en los cuales se verifican todas sus obras y éstas han de ser exterminadas por estos tres ejercicios: el gobierno de Dios, nuestra mortificación propia y el agravio de los demás, honrando así espiritual-mente a Dios y dándole lugar para sus obras.

24. Pero semejantes obras y padecimientos han de verificarse en la fe y con la buena confianza en la merced divina. Como se dijo, todas las obras se cumplen en el primer mandamiento y en la fe, y ella se ejercita y se fortalece en aquéllas. Por esto se han instituido todos los demás mandamientos y obras. Por eso, mira cómo un precioso anillo de oro se forma de estos tres mandamientos y de sus obras. Del primer mandamiento y de la fe fluye el segundo hacia el tercero y a su vez el tercero lleva a través del segundo hacia el primero. Pues la primera obra es tener fe, un buen corazón y confianza en Dios. De ella mana la otra buena obra, glorificar el nombre de Dios, confesar su gracia y rendirle todo el honor a él sólo. Después sigue el tercer mandamiento, ejercer el servicio divino orando, predicando, escuchando y contemplando los beneficios de Dios, además de mortificarse y vencer la carne.

Cuando el espíritu maligno advierte semejante fe, la honra de Dios y el servicio divino, se enfurece y comienza la persecución. Ataca el cuerpo, los bienes, la honra y la vida, nos impone enfermedad, pobreza, daño y muerte, como lo ha dispuesto y ordenado Dios. Enseguida se suscita la otra obra o el segundo feriado del tercer mandamiento. Por ello la fe se pone a muy dura prueba como el oro en el fuego. Es, pues, algo grande conservar buena confianza en Dios, aunque nos imponga la muerte, la deshonra, la enfermedad y, en tal cuadro horrible de la ira, tenerlo por padre amantísimo. Esto debe suceder en esta obra del tercer mandamiento. Entonces el padecimiento impele a la fe de modo que debe invocar el nombre de Dios y glorificarle en semejante sufrimiento. Así, por el tercer mandamiento la fe llega a su vez al segundo y por la misma invocación del nombre divino y su alabanza toma incremento, vuelve en sí y se fortalece

de este modo a sí mismo por las dos obras del tercero y del segundo mandamientos. Así se exterioriza en las obras y por medio de ellas vuelve a sí misma, como el sol sale hasta llegar al ocaso y vuelve hacia el oriente. Por ello, en las Escrituras, el día es destinado a la vida pacífica en las obras, la noche a la vida doliente en la adversidad, y de este modo la fe vive y obra en ambos; sale y vuelve, como dice Crisostomo en Juan 9.

25. Por este orden de las buenas obras rogamos en el padrenuestro. Lo primero que decimos es: "Padre nuestro que estás en los cielos". Son palabras de la primera obra de la fe, que conforme al primer mandamiento no duda de que tiene un Dios clemente y padre en los cielos. La segunda petición es: "Santificado sea tu nombre". En ella la fe ansia que se glorifique el nombre, la alabanza y la honra de Dios y lo invoca en todas las necesidades, como reza el segundo mandamiento. La tercera parte es: "Venga a nosotros tu reino". En ella rogamos por el verdadero sábado y día feriado, tranquilo reposo de nuestras obras, para que sólo la obra de Dios esté en nosotros y, por tanto, Dios gobierne en nosotros como en su propio reino. Así dice: "Tened en cuenta que el reino de Dios no está sino en vosotros mismos". La cuarta oración: "Hágase tu voluntad". En ella rogamos que observemos y cumplamos los siete mandamientos de la otra tabla, en los cuales también se ejercita la fe, esta vez respecto del prójimo. En cambio, en los primeros tres se ejercita sólo en obras referentes a Dios. Son las oraciones, en las cuales figuran las palabras tú y tuyo, puesto que sólo tienden hacia lo que pertenece a Dios. Las otras dicen todas: nuestro, nos, etc., puesto que rogamos en ellas por nuestros bienes y nuestra bienaventuranza.

Tanto decimos de la primera tabla de Moisés en forma sucinta y sencilla señalando a la gente sencilla las supremas buenas obras.

EL PRIMER MANDAMIENTO DE LA SEGUNDA TABLA DE MOISÉS

Honra a tu padre y a tu madre

Por este mandamiento aprendemos que, después de las sublimes obras de los tres primeros mandamientos, no hay obra mejor que obediencia y servicio prestados a todos los que nos han sido impuestos como autoridad. Por ello, también la desobediencia es pecado peor que homicidio, deshonestidad, hurto, estafa y lo que está comprendido en ellos. Las diferencias entre los pecados, es decir, cuáles son mayores que los otros, no podemos conocer mejor que por el orden en que figuran los mandamientos de Dios, por supuesto, cada mandamiento por sí mismo también muestra distinciones en sus obras. ¿Quién, pues, no sabe que maldecir es peor que encolerizarse, pegar más que maldecir, golpear al padre y a la madre más que maltratar a un hombre común? Ahora bien, estos siete mandamientos nos enseñan cómo hemos de ejercitarnos en buenas obras con respecto al hombre y en primer lugar referente a nuestros superiores.

[1.] La primera obra es honrar a nuestros propios padres. Esta honra no consiste sólo en mostrarla con ademanes. Debemos obedecerles, considerar sus palabras y obras, estimarlas y apreciarlas. Les daremos la razón en lo que manifiestan. Nos callaremos y sufriremos según como nos traten, a no ser que se oponga a los tres primeros mandamientos. Además, si lo necesitan, los proveeremos de comida, vestido y habitación. Dios dijo con intención: "Los honrarás"; no: "Los amarás", si bien también esto es necesario. Pero el honor es más sublime que

el simple amor. Incluye en sí el temor que se une con el amor y hace que el hombre tema más agraviarlos que el castigo. Lo mismo honramos con miedo las reliquias y, no obstante, no huimos de ellas como de un castigo, sino nos acercamos más. Semejante temor, mezclado con amor es la verdadera honra. El otro miedo sin amor se refiere a las cosas que desdeñamos o de las cuales huimos, como uno teme al verdugo o al castigo. En este caso, no hay honra; es miedo sin amor alguno, hasta es temor con hostilidad. Sobre esto versa un proverbio de San Jerónimo: "lo que tememos lo odiamos también" 16S. Con semejante miedo, Dios no quiere ser temido ni honrado y no quiere tampoco que así se honren los padres, sino con el primero mezclado con amor y confianza.

2. Esta obra parece fácil, pero pocos la realizan bien. Cuando los padres son verdaderamente buenos y no aman a sus hijos de un modo carnal, sino que les enseñan y gobiernan para el servicio de Dios con palabras y obras en los primeros tres mandamientos, como deben hacerlo, ahí se le quebranta al hijo sin cesar la voluntad propia. Debe hacer, dejar y sufrir lo que a su naturaleza mucho le gustaría hacer de otra manera. Por ello encuentra motivo de menospreciar a sus padres, murmurar contra ellos o hacer cosas peores. Desaparecen el cariño y el temor cuando no interviene la gracia de Dios. Del mismo modo, la naturaleza mala recibe con disgusto cuando ellos castigan y escarmientan como corresponde, a veces también con injusticia, lo cual no daña para la salvación del alma. Además algunos son de tan mal carácter que se avergüenzan de sus padres por su pobreza, por el bajo estado social, la disconformidad o deshonor. Estas causas los conmueven más que el sublime mandamiento de Dios que está por encima de todas las cosas. Dios les dio semejantes padres con toda intención para ejercitarlos y probarlos en su mandamiento. Esto se vuelve peor cuando los hijos a su vez tengan hijos. Entonces desciende el amor y se aparta mucho del amor y de la honra de los padres.

Pero cuando los padres han muerto o no están presentes, lo que se manda y se dice con respecto a ellos ha de extenderse a los que están en el lugar de aquéllos, a saber, parientes consanguíneos y otros, padrinos, señores seculares y padres eclesiásticos. Todos debemos ser gobernados y estar sujetos a otros. Por eso mismo vemos cuántas buenas obras se enseñan en este mandamiento, puesto que por él toda nuestra vida queda sujeta a otros. Por consiguiente, la obediencia se enaltece tanto y toda la virtud y buena obra quedan incluidas en ella.

3. Hay todavía otro deshonor de los padres, más peligroso y sutil que este primero. Se adorna y se hace pasar por honor verdadero. De esto se trata cuando se hace la voluntad del niño y los padres se la conceden por el amor humano. Ahí se honran; ahí se aman. Y todo va a las mil maravillas. Les gusta al padre y a la madre y le agrada al niño.

Esta plaga es tan común que muy pocas veces se advierten los indicios de la primera deshonor. La causa es que los padres están engeguedidos. No conocen ni honran a Dios en los primeros tres mandamientos. Por ello no son tampoco capaces de ver lo que a los hijos les hace falta y cómo han de enseñarlos y educarlos. Por ello, los educan a la honra mundana, al placer y a los bienes con tal que plazcan a los hombres y adelanten. Esto les gusta a los hijos y de muy buen grado obedecen sin contradicción alguna.

De esa manera el mandamiento de Dios decae sigilosamente bajo buena apariencia. Se cumple lo que está escrito en los profetas Isaías 57 y Jeremías 7: que los hijos son consumidos por sus propios padres. Y proceden como el rey Manases que sacrificó a su hijo al ídolo Moloch y pasólo por el fuego. Es como sacrificar su propio hijo al ídolo y quemarlo cuando los padres educan sus hijos más para el mundo que para Dios. Los dejan pasar y admiten que se quemen en el placer mundano, amor, alegría, bienes y honra, y que se apague en ellos el amor y la honra de Dios y el gozo de los bienes eternos.

¡Oh, qué peligroso es ser padre y madre cuando sólo gobierna la carne y la sangre! Por cierto, este mandamiento es la causa de que se conozcan y se observen los primeros tres y los últimos seis, puesto que a los padres se les mandó enseñar los mandamientos a sus hijos. Como consta en el Salmo 78, qué severamente Dios mandó a nuestros padres que notificasen sus leyes a los hijos, para que las supieran los que naciesen, y las contaran a los hijos y nietos. Esta también es la causa por la cual Dios manda honrar a los padres, es decir, amarlos con temor, puesto que aquel amor carece de miedo y, por tanto, es más deshonra que honor.

Fíjate, pues, si cada cual no tiene suficientes buenas obras para hacer, sea padre o hijo. Pero nosotros, pobres ciegos, dejamos esto y buscamos, fuera de ello, otras muchas obras que no han sido ordenadas.

4. Si los padres son tan necios que educan a sus hijos mundanamente, éstos no les deben obedecer de manera alguna, puesto que Dios en los primeros tres mandamientos debe estimarse más que los padres. Pero llamo educar mundanamente, cuando los padres les enseñan a no buscar más que el placer, la honra y los bienes o el poder de este mundo.

Llevar ornamentos decentes y buscar sostén honesto es necesidad y no pecado. Pero, es preciso que el hijo lamente siempre en su corazón el hecho de que esta mísera vida en la tierra no pueda empezarse ni conducirse, a no ser que se usen más ornamentos y bienes de lo que es menester para cubrir el cuerpo, defenderse del frío y tener alimento. Sin su voluntad y para complacer al mundo debe participar de la necesidad y tolerarla para alcanzar algo mejor y para evitar escándalo. Así la reina Ester llevaba la corona real y, no obstante, dijo a Dios: "Tú sabes que el signo de mi boato en mi cabeza jamás me gustó y lo considero como mal harapo. No lo llevo nunca cuando estoy sola, sino cuando debo hacerlo para presentarme a la gente". Un corazón así dispuesto lleva joyas sin peligro, puesto que lleva y no lleva, baila y no baila, vive bien y no vive bien. Éstas son las almas confidentes, novias ocultas de Cristo; pero son raras. Pues es difícil no gozarse en la gala y el fausto. Así Santa Cecilia, por orden de sus padres llevaba vestidos dorados, pero debajo usaba camisa de cerda.

Algunos dirán: "¿Cómo llevaré a mi hija a la sociedad y la casaré honestamente? Es imprescindible el fausto". Dime, ¿no son palabras de un corazón que desespera de Dios y que confía más en su previsión que en la de Dios? En cambio, San Pedro enseña diciendo: "Echad toda vuestra solicitud en él, porque él tiene cuidado de vosotros". Esto indica que nunca dieron gracias a Dios por sus hijos, que jamás rogaron rectamente por ellos, que en ningún momento se los encomendaron. De otra manera sabrían o habrían experimentado que también por el casamiento de las hijas debiesen rogar a Dios y esperararlo de él. Por ello también los deja quedar en su modo de pensar con preocupaciones y angustias sin que logren nada bueno.

5. De este modo es cierto, como se dice, que los padres, aun cuando no tengan otra cosa que hacer, en sus propios hijos pueden lograr la salvación. Si los educan rectamente para el servicio de Dios, con ellos están abrumados de buenas obras. ¿Qué, pues, son los hambrientos, los sedientos, los desnudos, los presos, los enfermos, los extranjeros, sino precisamente las almas de tus propios hijos? Con ellos Dios hace de tu casa un hospital y te pone de enfermero de ellos. Debes atenderlos, darles de comer y beber con buenas palabras y obras. Les enseñarás a confiar en Dios, creer y temer; poner su esperanza en él; honrar su nombre; no jurar ni maldecir; mortificarse con oración, ayunos, vigiliias y trabajos; atender el servicio y la palabra divinos; santificar el sábado; de esta manera aprenderán a despreciar las cosas temporales; sufrir pacientemente la desgracia; no temer la muerte y no amar esta vida. Mira, ¡qué lección magnífica es ésta! ¡Cuántas buenas obras tienes que hacer en tu casa y para tu hijo! Él necesita, pues, de todas esas cosas como un alma hambrienta, sedienta, desnuda, pobre, presa y enferma. ¡Oh, qué matrimonio feliz y qué casa afortunada, donde hubiese semejantes padres! Por cierto sería una

verdadera iglesia, un monasterio elegido, un paraíso. De esto dice el Salmo 128: "Bienaventurados los que temen a Dios, y andan en sus mandamientos. Cuando comieras el trabajo de tus manos, bienaventurado tú, y tendrás bien. Tu mujer será como parra que lleva fruto a los lados de tu casa; tus hijos como plantas de olivos alrededor de tu mesa. He aquí que así será bendito el hombre que teme a Dios". ¿Dónde hay semejantes padres? ¿Dónde están los que preguntan por buenas obras? Nadie quiere presentarse. ¿Por qué? Dios lo mandó. El diablo, la carne y la sangre nos apartan. No brilla, por tanto no vale. Éste peregrina a Santiago; aquélla hace votos a Nuestra Señora. Nadie promete que para honra de Dios se gobernará bien a sí mismo y a sus hijos y los instruirá. Abandona a los que Dios le ha encomendado para cuidarlos en cuerpo y alma. Quiere servir a Dios en otro lugar adonde no se lo envió. Ningún obispo se opone a tal abuso, ningún predicador lo censura. Hasta por el provecho material lo confirman, y día tras día "inventan más peregrinaciones, canonizaciones, indulgencias y ferias. ¡Que Dios se compadezca de tal ceguedad!

6. Por otra parte, los padres no pueden merecer más fácilmente el infierno que por sus propios hijos, en su propia casa, cuando los descuidan y no les enseñan las cosas arriba indicadas. ¿Qué les valdría si se muriesen de tanto ayunar, orar, peregrinar y hacer toda clase de obras? En la muerte y en el día del juicio, Dios no les preguntará por esto, sino pedirá los hijos que les encomendó. Esto lo indica la palabra de Cristo en Lucas 23: "Hijas de Jerusalén, no me lloréis a mí, mas llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles y los vientres que no engendraron y los pechos que no criaron".

¿Por qué se lamentarán así sino porque toda la condenación se les viene por sus propios hijos? Si no los hubiesen tenido, quizás hubiesen llegado a ser salvos. Por cierto, sería justo que estas palabras abriesen los ojos a los padres para considerar espiritualmente a sus hijos conforme a sus almas. Entonces, por su falso amor humano, no habrían engañado a los pobres hijos, como si éstos hubiesen honrado rectamente a los padres, cuando no se enojan con ellos o les obedecen en fausto humano. En esto se fortalece la propia voluntad. En cambio, Dios les asigna a los padres un puesto de honor para que sea quebrantada la voluntad propia de los hijos y éstos se vuelvan humildes y mansos. Como se dijo en los otros mandamientos, cuáles deben ser obras principales, así también aquí. Nadie debe creer que su educación y su enseñanza de los hijos en sí basta, a no ser que se verifiquen con confianza en la merced divina. El hombre no ha de dudar de que él agrada a Dios en las obras. Tales obras le serán una exhortación a la fe y un ejercicio para confiar en Dios y esperar de él lo bueno y la voluntad benévola. Sin esta fe, ninguna obra vive ni es buena y agradable, porque muchos paganos educaron bien a sus hijos. Pero todo es inútil por la falta de fe. La otra obra de este mandamiento es honrar a la madre espiritual, la santa iglesia cristiana, la potestad eclesiástica, y obedecerle. Debemos acatarla, obedecerla en cuanto manda, prohíbe, instituye, dispone, excomulga y desliga. Como honramos, tememos y amamos a los padres propios, así también a la autoridad eclesiástica.

Hemos de darle la razón en todas las cosas que no se opongan a los tres primeros mandamientos. Ahora, en toda esta obra, las cosas están aún mucho peores que en la primera. La autoridad eclesiástica debería reprimir el pecado por medio de excomunión y leyes e inducir a sus hijos espirituales a ser buenos para que tengan motivos de realizar esta obra y de ejercitarse en obediencia y honra respecto de ella. Mas ahora ya no hay diligencia alguna. Se comportan en cuanto a sus súbditos como las madres que abandonan a sus hijos y van tras sus amantes, como dice Oseas 2: "No predicán, no enseñan, no reprenden, no castigan. Ya no hay gobierno espiritual en la cristiandad".

¿Qué, pues, puedo decir de esta obra? Quedaron todavía unos pocos días de ayuno y de fiesta. Sería mejor suprimirlos. Nadie se preocupa por ello y no hace más que esté en uso la

excomunión aplicada por deudas. Esto tampoco debería existir. Pero el poder espiritual debería tratar de castigar y corregir muy severamente el adulterio, la deshonestidad, la usura, la gula, la ostentación mundanal, la fastuosidad superflua y otros pecados e ignominia notorios. Además habría de ordenar debidamente las fundaciones, los conventos, las parroquias y las escuelas, y en ellos celebrar seriamente el servicio divino. Debería promover a los jóvenes, niños y niñas en las escuelas y proveer los monasterios de hombres doctos y buenos.

Así todos se educarían bien y los ancianos darían buen ejemplo y la cristiandad estaría llena de excelentes jóvenes y adornada con ellos. Así San Pablo enseña al joven Tito 2 que instruya bien a todos los estados, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, y los gobierne. Mas ahora cada cual hace lo que quiere. Quien se enseña y gobierna a sí mismo, lo tiene. Hemos llegado al extremo de que los lugares donde deberían enseñarse cosas buenas, se han convertido en escuelas de malévolos y nadie se preocupa de la juventud revoltosa.

8. Si imperase este orden, uno podría decir cómo debería observarse el homenaje y la obediencia. Empero, ahora sucede lo mismo como con los padres propios que complacen a sus hijos. La autoridad eclesiástica ora impone, ora dispensa; toma dinero y perdona más de lo que puede remitir. Callaré y no diré más. De eso vemos más de lo que es bueno. Impera el solo afán de lucro. Lo que deberían reprimir, esto lo enseñan. Está a la vista que el estado eclesiástico en todas las cosas es más secular que el estado secular. Por ello ha de perecer la cristianidad y ha de desaparecer este mandamiento.

Si hubiese un obispo que se encargara de todos esos estados diligentemente, los inspeccionara, los visitara e insistiera en ello, como es su obligación, por cierto, una ciudad sería demasiado para él. En los tiempos de los apóstoles, cuando la cristiandad se encontraba mejor, cada ciudad tenía un obispo, aunque en la ciudad sólo una minoría eran cristianos. ¿Cómo andarán las cosas cuando un obispo quiere tanto, el otro tanto, éste todo el mundo, el otro la mitad? Ya es el momento de implorar la gracia divina. Tenemos mucha superioridad eclesiástica; de gobierno eclesiástico no tenemos nada o muy poco. Mientras tanto, procurará quien pueda que las fundaciones, los conventos, las parroquias y las escuelas sean bien dispuestas y gobernadas. También sería obra de la superioridad eclesiástica disminuir el número de fundaciones, conventos y escuelas cuando no pueden proveerlos.

Vale más no tener convento ni fundación que mal régimen en ellos. Con esto Dios sólo se encoleriza más.

9. Como la superioridad abandona con tanta desidia sus obras y está pervertida, es la consecuencia natural que abuse de su poder y emprenda obras malas y ajenas, como lo hacen los padres, cuando mandan algo que está en contra de Dios. Debemos ser sabios, puesto que el apóstol dijo que tales tiempos serían peligrosos, cuando gobernasen semejantes autoridades, puesto que existiría la apariencia de que uno se opusiese a su autoridad cuando no hiciera o combatiera cuanto ellos proponen. Ahora tenemos que tener a mano los primeros tres mandamientos y la tabla derecha; y debemos estar seguros de que ningún hombre, ni obispo, ni papa, ni ángel pueda mandar o disponer algo que se oponga a estos tres mandamientos con sus obras, les sea contrario o no los favorezca. Y si emprenden algo semejante, no vale nada en absoluto y nosotros también pecamos, si acatamos y somos obedientes y lo toleramos.

Por esto se comprende fácilmente que los ayunos dispuestos no comprenden a los enfermos, las mujeres embarazadas y otras personas que no pueden ayunar sin sufrir daño. Ahora nos ocuparemos en asuntos más elevados. En nuestros tiempos, de Roma no viene sino una feria de bienes espirituales que se compran y venden pública y descaradamente: indulgencias, parroquias, conventos, episcopados, prebostazgos, prebendas y todo lo que alguna vez fue fundado por todas partes para el servicio divino. Por ello, no sólo todo el dinero y todos los

bienes del mundo se llevan y se transportan a Roma, lo que sería el daño menor, sino que las parroquias, los episcopados y las prelaturas se desintegran, se abandonan, se devastan. Así descuidan a los feligreses. La palabra de Dios y su nombre y honra se pierden. La fe se aniquila. Finalmente estas fundaciones y oficios se adjudican no sólo a personas indoctas e inútiles, sino en su mayoría a los grandes cabecillas de los bribones romanos que hay en el mundo. De esta manera, lo que se fundó para el servicio divino, para predicar a los feligreses, para gobernarlos y corregirlos ha de servir ahora a los mozos de cuadra y los arrieros, incluso para no decirlo más groseramente, a las rameras y pillos romanos. No obstante, sólo nos dan las gracias burlándose de nuestra necesidad.

10. Semejantes atropellos intolerables se acostumbran todos bajo el nombre de Dios y de San Pedro, como si el nombre de Dios y el poder eclesiástico se hubieran instituido para agraviar la honra de Dios y para arruinar la cristiandad en cuerpo y alma. Por ello, estamos obligados a resistir en la medida de nuestras fuerzas. Debemos proceder como los buenos hijos cuyos padres se han vuelto locos y vesánicos. Primera hemos de ver en qué se basa el derecho de que ha de servir a Roma lo que en nuestros países se instituyó para el servicio divino y se dispuso para atender a nuestros hijos, mientras lo abandonamos aquí donde correspondería. ¡Qué insensatos somos!

Los obispos y preladados religiosos no hacen nada; no se oponen o tienen miedo y permiten así la ruina de la cristiandad. Por tanto, primero imploraremos humildemente a Dios que nos ayude a impedir el abuso.

Después pondremos manos a la obra, cortaremos el camino a los cortesanos curiales y a los portadores romanos de breves. De un modo razonable y suave les pediremos que provean rectamente las prebendas y que se pongan a corregir a los feligreses con predicación y buenos ejemplos. Si no sucede esto y ellos residen en Roma o en otra parte destruyendo y debilitando las iglesias, debe mantenerlos el papa en Roma, al cual sirven. No es justo que alimentemos al papa, a sus siervos, su corte y hasta a sus mancebos y rameras perdiendo y dañando nuestras almas. Mira, estos serían los verdaderos turcos. A ellos deberían atacar primero los reyes, los príncipes y la nobleza sin buscar en ello utilidad propia, sino con el fin de corregir la cristiandad e impedir el agravio y la afrenta del nombre divino. Deberían tratar a los eclesiásticos como a un padre que hubiera perdido la razón y la inteligencia, al cual tendrían que prender si bien con humildad y todo respeto, e impedir que arruine los hijos, los bienes y todo el mundo. De la misma manera deberíamos honrar la autoridad romana como a nuestro supremo padre, pero, como se ha tornado loco e insensato, no permitirle sus propósitos, para que no se arruine así la cristiandad.

11. Algunos opinan que esto debería dejarse para un concilio general. Me opongo. Tuvimos muchos concilios en que se propuso esto, en Constanza (1414-1418), en Basilea (1431-1443) y el último en Roma (1512-1517). Pero no se consiguió nada y la situación fue cada vez peor. Estos concilios no valen nada tampoco, porque la sapiencia romana ideó el ardid de hacer jurar previamente a los reyes y príncipes que los dejaran ser como fuesen y que conservasen lo que tuviesen.

De esta manera echaron un cerrojo para impedir toda reforma y para obtener protección y libertad para toda clase de bribonadas. Estos juramentos se exigen en contra de Dios y del derecho. Por la fuerza son arrancados y prestados. Al Espíritu Santo que debe gobernar los concilios se le cierra la puerta con esto. Lo mejor sería —y es el único recurso que queda— que los reyes, los príncipes, la nobleza, las ciudades y las comunas iniciasen algo por su cuenta para que los obispos y eclesiásticos (que ahora tienen miedo) tuvieran motivo de adherirse. En este asunto debemos fijarnos sólo en los tres primeros mandamientos de Dios. Contra éstos ni Roma, ni el cielo, ni la tierra pueden mandar algo u oponérseles. No importan la excomuniación y las

amenazas con que piensan impedirlo, como no interesa que un padre loco amenace fuertemente al hijo que se le opone y lo prende.

12. La tercera obra de este mandamiento es obedecer a la autoridad secular, como enseñan Pablo en Romanos 13, y Tito 3 y San Pedro en 1ª Pedro 2: "Sed sujetos al rey como a superior y a los príncipes como de él enviados y a todos los órdenes del poder secular". La potestad y la obra de los seculares es proteger a los súbditos y castigar el hurto, el robo y el adulterio, como dice Pablo en Romanos 13: "No en vano lleva la espada. Sirve a Dios con ello para temor al malo y en bien del bueno". En este sentido se puede pecar de dos maneras. Primero cuando uno les miente, los engaña y les es infiel; cuando no obedece como ellos dispusieron y mandaron ya sea en cuerpo o bienes. Aun cuando proceden injustamente, como el rey de Babilonia con el pueblo de Israel, no obstante, Dios quiere que les obedezcamos, sin oponernos clandestina o abiertamente. Por otra parte, como cuando algunos hablan mal de ellos, echa maldiciones contra ellos y si no puede vengarse, los vitupera con murmuraciones y malas palabras pública u ocultamente. En todo esto hemos de considerar lo que San Pedro nos manda observar, a saber, que su potestad, haciendo bien o mal, no puede perjudicar al alma, sino solamente al cuerpo y a los bienes, a no ser que insista públicamente en que obremos mal contra Dios o los hombres. Así hicieron en tiempos pasados cuando todavía no eran cristianos y como está haciendo el turco, según se dice. Pues sufrir injusticia no corrompe a nadie en el alma, hasta la mejora, aunque le quite algo al cuerpo y a los bienes. Empero, obrar mal pervierte el alma, aunque nos traiga los bienes de todo el mundo.

13. Esta también es la causa porque no haya tanto peligro en el poder secular como en el eclesiástico cuando obran mal, puesto que la potestad secular no puede perjudicar, porque no tiene nada que ver con la predicación o la fe y los primeros tres mandamientos. Mas el poder eclesiástico no sólo daña cuando obra mal, sino también cuando descuida su oficio y hace otra cosa, aun cuando esto fuese mejor que las más excelentes obras del poder secular. Por consiguiente, debemos oponernos a él cuando no procede bien y no al poder secular, aunque obre mal. La pobre gente cree y hace lo que ve y oye en el poder eclesiástico. Si no ve ni oye nada, no cree ni hace nada tampoco, puesto que este poder fue instituido con el único fin de llevar la gente a la fe en Dios. De todo esto no hay nada en el poder secular. Haga o deje de hacer lo que quiera, mi fe en Dios sigue su camino y obra por sí misma, puesto que nadie me obliga a creer lo que él cree. Por lo tanto, el poder secular es cosa ínfima delante de Dios. Lo estima tan poco que no es menester resistir y ser desobediente o disconforme por su causa, obre bien o mal. En cambio, el poder eclesiástico es un bien muy grande y sublime. Dios lo considera tan valioso que ni el más ínfimo cristiano debe admitir y callar cuando este poder se aparta un ápice de su oficio peculiar y más aún cuando obra completamente en contra de su oficio, como hoy lo vemos todos los días.

14. En este poder hay también varios abusos. Primero, él puede hacer caso a los aduladores. Es una plaga común y sumamente nociva para este poder. Nadie puede defenderse suficientemente contra este mal y cuidarse de él. Lo llevan de las narices y el que sufre es el pobre pueblo. Será un régimen en el cual, como dice un pagano, las telarañas apresan las pequeñas moscas, pero las piedras de molino pasan. Lo mismo las leyes, los órdenes y el régimen del mismo gobierno frenan a los pequeños, pero los grandes quedan libres. Y cuando el señor mismo no es tan razonable que no necesita el consejo de su gente o cuando no vale tanto que lo teman, ahí habrá y tiene que haber un régimen pueril, a no ser que Dios diera una señal particular.

Por ello, Dios, entre otras plagas, consideraba como la mayor a los malos e ineptos gobernadores, con la cual amenaza Isaías 3: "Les quitaré todos los valientes y péndreles mozos y muchachos por príncipes". Dios, en las Escrituras, nombró cuatro plagas, Ezequiel 14. La menor que eligió David, es la peste. La otra es la carestía; la tercera es la guerra; la cuarta es toda clase

de bestias malas, como leones, lobos, serpientes y dragones, es decir, malos gobernantes. Porque donde existen ellos, el país queda devastado, no sólo en cuerpo y en bienes, como en las demás plagas, sino también en la honra, la disciplina, la virtud y en la salvación de las almas, puesto que la peste y la carestía hacen gente buena y recta. Empero, la guerra y el gobierno malo destruyen cuanto se refiere a bienes temporales y eternos.

15. Un señor debe ser muy prudente. No debe proponerse salir siempre con la suya, aunque tenga las leyes más excelentes y las cosas mejores. Es una virtud más noble sufrir daño en el derecho que en los bienes y en el cuerpo, cuando sea de provecho para el pueblo, porque las leyes seculares sólo se relacionan con los bienes temporales.

Por tanto es un discurso necio decir: "Tengo derecho a ello, por consiguiente, lo buscaré con violencia y lo conservaré, aunque para los demás resulte de ello toda clase de desgracia". Leemos del emperador Octaviano que no quería guerra, por justa que su causa fuere, a no ser que hubiese indicios de que resultase más provecho que daño o un perjuicio tolerable. Dijo: "Guerrear es como si uno pescara con una red de oro. Nunca pesca tanto como corre riesgo de perder". Quien conduce un carro debe andar de una manera muy diferente que cuando camina por sí solo. En este caso, puede ir, saltar y proceder como quiera. Empero, cuando conduce un carruaje, debe dirigirse y adaptarse a donde el carro y el caballo lo puedan seguir. Y ha de fijarse más en esto que en su voluntad. Lo mismo un señor que dirige a un pueblo, no debe andar como él quiere, sino como puede marchar y actuar el pueblo. Ha de considerar más las necesidades y la utilidad de éste que su arbitrio. Donde un señor gobierna conforme a su cabeza atolondrada y se dirige por su capricho, procede como un carrero alienado que corre derecho con el caballo y con el carro a través de arbustos, setos, zanjas, agua, monte y valle sin pasar por caminos y puentes. No irá lejos y se estrellará.

Por ello, para los señores sería de suma utilidad leer y hacerse leer desde jóvenes las historias de los libros santos y de los paganos. En ellos encontrarán más ejemplos y arte de gobernar que en todos los libros de derecho, tal como leemos que hicieron los reyes de Persia, Ester 6. Los ejemplos y las historias dan y enseñan siempre más que las leyes y el derecho. Allí enseña la experiencia cierta, aquí instruyen palabras inseguras e inexpertas.

16. En nuestra época todos los gobiernos deberían atender tres asuntos especiales, sobre todo en estos países. Habrían de suprimir el terrible abuso de la gula y de la borrachera no sólo y referente a la cantidad excesiva, sino también por el alto precio. Por los condimentos, las especias, etc., sin las cuales se podría vivir perfectamente, los países han sufrido una importante salida de bienes temporales y aún están sufriendola. Para subsanar estos dos males graves, el poder secular tendría bastante que hacer, puesto que han arraigado profunda e inveteradamente. ¡Cómo los poderosos podrían prestar un servicio mejor a Dios y adelantar su país para ellos mismos! En segundo lugar, existen los gastos excesivos en el vestir. Se pierde tanto dinero en esto, y sólo se sirve al mundo y la carne. Es terrible pensar que haya semejante abuso entre las personas que juraron a Cristo crucificado, fueron bautizadas y han sido destinadas a llevar con él su cruz y a prepararse para la otra vida muriendo diariamente. Si sólo por imprudencia algunos se comportasen así, sería más tolerable. Mas es una conducta no cristiana que se nos presentan tan libre e impunemente y sin impedimentos y hasta se busca gloria en esto. Tercero, debería suprimir el préstamo a intereses de carácter usurario. En todo el mundo arruina todos los países, gente y ciudades, los consume y los destruye. Tiene una apariencia insidiosa. No parece usura, pero en verdad es peor que ésta, porque uno no se cuida tanto como de la usura notoria. Mira, éstos son tres judíos —como suele decirse— que explotan a todo el mundo. En esta ocasión los señores no deberían dormir y ser ociosos, si a Dios quieren rendir cuenta cabal de su oficio.

17. También habría que señalar las bellaquerías que cometen los oficiales y otros funcionarios episcopales y eclesiásticos que con grandes gravámenes excomulgan la pobre gente, la citan, la persiguen y la acosan, mientras que haya un céntimo todavía. Esto debería impedirse mediante la espada secular, porque no hay otro remedio.

Quiera Dios en el cielo que surja alguna vez un régimen que suprima los prostíbulos públicos como se hizo en Israel. Es un aspecto no cristiano mantener entre los cristianos una casa pública de pecado, lo cual era inaudito en tiempos pretéritos. Debería implantarse una orden de casar temprano a los jóvenes y las niñas para prevenir semejante vicio. Tanto el estado eclesiástico como el temporal deberían tratar de establecer tal orden y uso. Si fue posible entre los judíos, ¿cómo no será factible también entre los cristianos? Además, si es posible en las aldeas, pueblos y en algunas ciudades, como salta a la vista, ¿cómo no será posible por todas partes?

Pero la causa es la falta de un gobierno en el mundo. Nadie quiere trabajar. Por eso los artesanos tienen que dar franco a sus empleados. Entonces están libres y nadie los dirige. Pero si existiese una reglamentación que debieran obedecer y que nadie los ocupara en otros lugares, se habría echado un fuerte cerrojo a este mal. ¡Que Dios nos ayude! Temo que en este aspecto el deseo sea más grande que la esperanza. Pero esto no nos disculpa.

Ahora, mira, son pocas obras las que señalamos a las autoridades, pero son tan buenas y tantas que tendrán que realizar más que suficientes buenas obras, y podrán servir a Dios a toda hora. Mas estas obras, como las demás, también han de llevarse a cabo en la fe. Hasta deben ejercitarse en ella. Nadie debe proponerse agradar a Dios por las obras, sino debe efectuar tal obra por la confianza en su merced para honra y alabanza de su buen Dios clemente y servir por ello a su prójimo y serle útil.

18. La cuarta obra de este mandamiento de Dios es la obediencia que deben los criados y los operarios a sus patrones, amos, maestros y patronas. De esto dice San Pablo en Tito 1: "Debes predicar a los criados o siervos que honren a sus señores en todo sentido; que los obedezcan; que hagan lo que les agrade; que no los defrauden ni se resistan a ellos". También por la razón de que prestigian la doctrina de Cristo y nuestra fe, para que los paganos no tengan por qué quejarse de nosotros y no se escandalicen. También San Pedro dice: "Siervos, sed sujetos a vuestros amos por el temor de Dios, no solamente a los buenos y humanos, sino también a los caprichosos y groseros. Porque esto es agradable ante Dios si alguien sufre molestias padeciendo inocentemente".

Actualmente hay mucha queja en el mundo sobre la servidumbre y los obreros por ser desobedientes, infieles, de malos modos y codiciosos, lo cual es una verdadera plaga de Dios. Y, en verdad, ésta es la única obra de los criados para ser salvos. No es menester peregrinar mucho, hacer esto o aquello. Suficiente tienen que hacer si su corazón sólo aspira a hacer y dejar de buen grado lo que sepan que agrada a sus amos y sus señoras. Todo esto han de verificar en una fe simple. No deben querer hacer grandes méritos, sino deben hacerlo todo con la confianza en la merced divina (en la cual se hallan todos los méritos) sincera y gratuitamente por el amor y el favor de Dios. De tal confianza han de nacer todas las obras. Y todas las obras semejantes servirán de ejercicio y de exhortación para fortalecer cada vez más tal fe y confianza. Como dijimos muchas veces, esta fe hace buenas todas las obras. Hasta ella misma debe hacerlas y ser artífice de ellas.

19. Por otra parte, los amos y las señoras no deben gobernar de un modo violento sobre los criados, las sirvientas y los siervos de la gleba. No han de tratar todas las cosas con excesiva exactitud. Deben ceder algo de vez en cuando y por causa de la paz hacer la vista gorda, puesto que no todas las cosas siempre pueden ser del todo perfectas en estado alguno porque en la tierra vivimos en la imperfección. De eso habla San Pablo, Colosenses 4: "Amos, haced lo que es justo

y derecho con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis amo en los cielos". Por esto, como los amos no quieren que Dios trate con ellos de un modo excesivamente riguroso, sino que por su gracia les remita muchas cosas, así deben ser tanto más suaves con sus criados y ceder algo. No obstante, deben tratar diligentemente de que obren bien y aprendan a temer a Dios.

Pues, mira, ¡qué obras buenas pueden hacer el señor y el ama de casa! ¡Aquí bien nos propone Dios todas las buenas obras tan cerca, en forma tan variada y con tanta constancia! No es menester que preguntemos por buenas obras. Bien podemos olvidarnos de las otras obras brillantes, hinchadas e inventadas por hombres, a saber, peregrinar, edificar iglesias, buscar indulgencia, etcétera.

Aquí tendría que hablar también, de cómo una mujer debe ser obediente a su marido como a su superior, cómo ha de ceder, callar y darle la razón con tal que no sea en contra de Dios. Por otra parte, el hombre debe amar a su mujer, ceder "algo y no tratarla con rigor. De esto San Pedro y Pablo dijeron muchas cosas. Pero eso corresponde a la explicación ulterior de los diez mandamientos y de estas partes se puede conocer fácilmente.

20. Todo lo que se dijo de estas obras está comprendido en las dos virtudes, obediencia y solicitud. La obediencia corresponde a los súbditos; la solicitud a los superiores. Deben empeñarse en gobernar a sus súbditos, tratarlos con suavidad y hacer cuanto les resulte útil y los ayude.

Este es su camino hacia el cielo y son las mejores obras que puedan realizar en la tierra. Con ellas son más gratos a Dios que si hicieran, sin ellas, puros milagros. Así dice San Pablo, Romanos 12: "La obra del que preside sea la solicitud", como si quisiera decir que no se deje perturbar por lo que hacen otras personas o estados; que no mire por esta obra o aquélla, ya sea brillante u opaca, sino que cuide su estado. Sólo pensará cómo puede servir a los que están debajo de él. En esto ha de perseverar y no dejarse apartar, aunque el cielo se alce delante de él. No debe dejarse espantar, aun cuando el infierno lo persiga. Este es el recto camino que lo conduce al cielo.

Oh, ¡quién así cuidase de sí mismo y a su estado para atender sólo a él, qué hombre rico en buenas obras llegaría a ser dentro de poco tiempo, tan quieta y ocultamente que nadie lo advirtiese, sino sólo Dios! Mas ahora todo lo abandonamos. Uno entra en la cartuja; otro va para acá, otro para allá, como si las buenas obras y los mandamientos de Dios se hubiesen tirado al rincón y escondido; en cambio, se dice en Proverbios 1: "La sabiduría divina proclama públicamente su mandato en las calles, en medio del pueblo, y en las puertas de las ciudades". Con ello se indica que la sabiduría existe abundantemente en todos los lugares, estados y tiempos y que no la vemos, sino que, engegucidos, la buscamos en otra parte. Cristo lo anunció en Mateo 24: "si alguno os dijere: He aquí está el Cristo, o allí, no creáis. Y si os dijeren: He aquí en el desierto está; no salgáis: He aquí, está en la intimidad de las casas, no lo creáis en absoluto. Son falsos profetas y falsos cristianos".

21. Por otra parte la obediencia corresponde a los súbditos que deben emplear toda su diligencia y su atención para hacer y dejar lo que sus superiores exigen de ellos. De esto no deben dejarse apartar y desviar, hagan otros lo que quisieren. No han de creer que ellos viven rectamente o hacen buenas obras, ya sea en oración o ayuno o tenga el nombre que quiera, si en este sentido no se ejercitan seria y diligentemente.

Empero, si aconteciese, como sucede a menudo, que el poder secular y la superioridad, como se llaman, obligaran a un súbdito a obrar contra los mandamientos de Dios o impidieran que los cumpliera, ahí termina la obediencia y se acabó la obligación. En este caso, hay que decir, como San Pedro dijo a los príncipes de los judíos: "Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres". No dijo que uno no debiera obedecer a los hombres por ser esto un error, sino

obedecer a Dios antes que a los hombres. Si un príncipe quisiera guerrear y tuviese una causa notoriamente injusta, no se le debe seguir ni ayudarlo, puesto que Dios nos mandó no matar a nuestro prójimo ni cometer injusticia. Lo mismo sería, si mandase dar falso testimonio, robar, mentir, engañar, etc. En este caso, uno más bien debe perder los bienes, la honra, el cuerpo y la vida para conservar el mandamiento de Dios.

El Quinto Mandamiento

Estos cuatro mandamientos precedentes tienen su obra en la razón, es decir, prenden al hombre, lo gobiernan y sujetan, para que no se gobierne a sí mismo, ni se crea bueno ni se tenga por algo, sino se considere humilde y se deje guiar para alejar la soberbia. Los mandamientos subsiguientes tratan de los apetitos y concupiscencias, para matarlos.

1. El impulso de ira y de venganza. De esto trata el quinto mandamiento.

"No matarás". Este mandamiento comprende una obra que abarca mucho y expulsa muchos vicios y se llama mansedumbre. Hay dos manifestaciones de ella. La primera, brilla muy lindo, pero en el fondo no hay nada. Esta mansedumbre la mostramos a los amigos que nos son útiles y beneficiosos en bienes, honras y favores o a los que no nos agravian ni con palabra ni con obras. Tal mansedumbre tienen también los animales irracionales, los leones, las serpientes, los paganos, los judíos, los turcos, los bribones, los asesinos y las mujeres malas. Todos ellos están contentos y mansos cuando uno hace lo que quieren o los deja en paz. No son pocos los que se engañan con semejante falsa mansedumbre para encubrir su cólera y se disculpan diciendo: "no me enojaría, si me dejasen en paz". Sí, querido, así también el espíritu malo sería manso, si las cosas se desarrollasen según su voluntad. El desasosiego y el agravio sobrevienen porque quieren mostrarte a ti mismo cómo eres; que estás lleno de ira y de maldad. Tienden a exhortarte, a pugnar por mansedumbre y expulsar la cólera. La otra mansedumbre es buena en toda profundidad. Se exterioriza frente a los adversarios y los enemigos. No los perjudica, no se venga, no maldice, no injuria, no habla mal de ellos, no abriga malas intenciones contra ellos, aun cuando nos hayan quitado los bienes, la honra, el cuerpo, los amigos y todo. Hasta, cuando pueda, les retribuye bien por mal, habla de ello lo mejor, desea su bienestar y ruega por ellos. De esto dice Cristo, Mateo 5: "Haced bien a los que os hacen mal; orad por los que os persiguen y ultrajan". Y Pablo, Romanos 12: "Benedicid a los que os maldicen y no maldigáis, sino hacedles bien".

2. Ahora mira esta obra preciosa y sublime, cómo se ha perdido entre los cristianos, de modo que con todo poder gobierna sobre todos nada más que pendencia, guerra, riña, ira, odio, envidia, calumnia, maldición, injuria, daño, venganza y toda clase de obras y palabras de cólera. Pero al lado de ello andamos con muchos días de fiesta, con asistencia a la misa, con rezar oraciones, fundar iglesias; con ornamento eclesiástico que Dios no mandó, aparentamos tan fastuosa y abundantemente, como si fuésemos los cristianos más santos que jamás hubiera habido. De este modo, por ese espejismo y simulación dejamos que se pierda el mandamiento de Dios. Nadie reflexiona o considera cuan cerca o cuan lejos está de la mansedumbre y del cumplimiento de este mandamiento. No obstante, Cristo dijo 5 que, no el que hiciere tales obras, sino el que guardare sus mandamientos entraría en la vida eterna.

Nadie vive en la tierra a quien Dios no le asigne un indicador de la ira y de la maldad propias. Este es su enemigo y adversario, que le hace mal en bienes, en honor, cuerpo o amigo.

Con ello, Dios prueba si hay todavía cólera; si alguien puede ser amistoso con el adversario; hablar bien de él y beneficiarlo y no tenerle mala voluntad. Ahora que se presente quien pregunte lo qué debe hacer para realizar buenas obras y llegar a ser agradable a Dios y salvo. Que ponga a su enemigo delante de sí; se lo imagine constantemente con los ojos de su corazón como ejercicio de quebrantarse a sí mismo y acostumbrar el corazón a pensar amigablemente en él, desearle lo mejor, preocuparse por él y rogar y, llegado el momento, hablar bien de él y beneficiarlo. Cualquiera que lo intente y no tenga que hacer bastante durante su vida, puede desmentirme y aseverar que este discurso ha sido erróneo. Empero, como Dios quiere esto y no acepta otro pago, ¿para qué sirve que nos ocupemos con otras obras grandes no mandadas abandonando ésta? Por ello dice Dios, Mateo 5: "Os digo que cualquiera que se enojare con su hermano, será culpado del juicio; y cualquiera que dijere a su hermano Eaca (es decir, dar un signo horrible, airado y atroz), será culpado del concejo; y cualquiera que dijere a su hermano Fatuo (lo que es toda clase de insultos, maldiciones, injurias y calumnias), será culpado del infierno del fuego".

¿Dónde quedan entonces las acciones de la mano, como pegar, herir, matar, dañar, etc., cuando ya los pensamientos y las palabras de la ira se condenan tan severamente?

3. Empero, donde hay mansedumbre profunda, el corazón se compadece de todo mal que sufre su enemigo. Son los verdaderos hijos y herederos de Dios y los hermanos de Cristo, quien hizo lo mismo por todos nosotros en la santa cruz. Así vemos que un buen juez da su fallo sobre el culpable con sufrimiento íntimo, puesto que le duele la muerte que el derecho impone al reo.

En esta obra parece haber ira y falta de clemencia. Tan fundamentalmente buena es la mansedumbre que subsiste también bajo tales obras airadas. Hasta más fuertemente se mueve en el corazón cuando debe irritarse así y ser severo.

Empero, es menester cuidarse de no ser manso en contra de la honra y del mandamiento de Dios. Está escrito de Moisés que era el hombre más manso en la tierra. No obstante, cuando los judíos habían adorado el becerro de oro y encolerizado a Dios, mató a muchos de ellos y así reconcilió a Dios. Del mismo modo, no es justo que la autoridad quede ociosa y deje gobernar al pecado y que nosotros permanezcamos callados. No debo fijarme en mis bienes, en mi honra y mi perjuicio y no enojarme por ellos. Más hemos de oponernos cuando se trata de la honra y de los mandamientos de Dios o del daño y de la injusticia que se inflige a nuestro prójimo. Los superiores procederán con la espada; los demás con palabras y reconvenciones, pero siempre teniendo compasión de los que merezcan el castigo.

Fácilmente aprenderemos esta obra sublime, sutil y suave cuando la realicemos en la fe y la ejercitemos en la obra. Si la fe no duda de la merced de Dios y de que tiene un Dios clemente, le resulta fácil ser también clemente y favorable a su prójimo, por grande que fuere su culpa, puesto que mucho más grave es nuestra culpa para con Dios. Mira, es un mandamiento breve, pero en él se nos indica un largo e intensivo ejercicio de buenas obras y de la fe.

El Sexto Mandamiento

No cometerás adulterio

[1.] En este mandamiento también se ordena una buena obra que abarca mucho y expulsa muchos vicios. Se llama pureza o castidad. Sobre esto mucho se ha escrito y predicado. Y todos lo saben perfectamente. Sin embargo, no lo guardamos tan diligentemente ni lo practicamos como lo hacemos con las otras obras que no se nos han mandado. Tan dispuestos estamos a hacer lo que no ha sido ordenado y a dejar lo que se mandó. Vemos que todo el mundo está lleno de

obras abominables de la deshonestidad, de infames palabras, cuentos y cancionetas. A esto se agrega la irritación diaria que aumenta con el exceso en el comer y beber, con la ociosidad y el fausto superfluo. Andamos como si fuésemos cristianos, si hemos asistido al culto, hemos rezado nuestras oraciones y observamos ayuno y días de fiesta. Nos parece que con esto hemos cumplido.

Ahora bien, si no se hubieran mandado más obras que la sola castidad, bastante tendríamos que hacer con esto. Se trata aquí de un vicio peligroso y violento que se agita en todos los miembros: en el corazón con pensamientos, en los ojos con la vista, en las orejas con el oído, en la boca con palabras y en las manos, los pies y en todo el cuerpo, con obras. Para vencer todo esto se necesitan trabajo y fatiga. De esta manera, los mandamientos de Dios nos enseñan qué cosa grande es hacer buenas obras rectas. Hasta es imposible idear por nuestras fuerzas una obra buena y menos aún empezarla o llevarla a cabo. San Agustín dice que, entre todas las luchas cristianas, la pugna por la castidad es la más dura por el solo hecho de que subsiste todos los días sin cesar y pocas veces obtenemos una victoria. Sobre esto lamentaron y lloraron todos los santos, como dice Pablo, Romanos 7: "Y yo sé, que en mí (a saber, en mí carne), no mora el bien".

2. Si esta obra de la castidad quiere subsistir, impele a muchas otras buenas obras. Inclina al ayuno y a la moderación contra la gula y la borrachera; impulsa a madrugar y a vigilar contra la haraganería y el sueño superfino; incita a trabajar y a fatigarse, contra la ociosidad. Comer y beber con exceso, dormir mucho, haraganear y holgar son armas de la deshonestidad con las cuales se vence prontamente la castidad. En cambio, el santo Apóstol San Pablo llama al ayuno, la vigilia y el trabajo armas divinas con las cuales se vence la deshonestidad. Pero, como arriba se dijo, estos ejercicios no deben ir más allá de apagar la deshonestidad. No han de arruinar la naturaleza.

Ante todo, las defensas más eficaces son la oración y la palabra de Dios. Cuando se despiertan los instintos malos, el hombre debe refugiarse en la oración, implorar la gracia y el auxilio de Dios, leer el evangelio y meditar sobre él, mirando el padecimiento de Cristo. Así dice el Salmo 137: "Bienaventurado el que tomará los niños de Babilonia y los estrellará contra las piedras". Esto quiere decir, mientras los pensamientos malos son todavía nuevos están en un principio, el corazón debe acudir a Cristo que es una roca en la cual se estrellan y se pierden.

Mira, cada cual, sobrecargado de sí mismo, tendrá bastante que hacer y hallará en sí mismo muchas buenas obras. Mas, ahora sucede que nadie usa para ello la oración, el ayuno, la vigilia y el trabajo. Las consideran obras en sí mismas, mientras que ellas deberían estar dispuestas para cumplir la obra de este mandamiento y para purificarnos cada día más y más.

Algunos también indicaron más cosas que han de evitarse como lecho muelle y vestido blando, lujo superfino, la compañía de mujeres o varones, su conversación, su vista y otros recursos que son provechosos para la castidad. En todo esto, nadie puede establecer reglas y medidas universalmente válidas. Cada uno debe cuidarse a sí mismo. Ha de elegir para sí y ha de observar la calidad y la cantidad de cosas en cuanto le son útiles para que las elija y guarde. Si no puede hacerlo, debe sujetarse por un tiempo al mando del que lo gobierne hasta que sea capaz de dominarse a sí mismo. Para ello, en tiempos pretéritos, se fundaron los monasterios con el fin de enseñar a los jóvenes disciplina y pureza.

3. Una fe fuerte y buena, ayuda en esta obra más eficazmente que en casi ninguna otra. Por ello dice Isaías 5, que la fe sea ceñida de los riñones, esto es, un medio de conservar la castidad. Si alguno vive de manera que de Dios espera todas las gracias, le gusta mucho la pureza espiritual. Tanto más fácilmente resistirá a la impureza de la carne. Y en tal fe, de seguro el espíritu le indicará cómo ha de evitar malos pensamientos y cuanto se oponga a la castidad. La fe

en la merced divina vive sin cesar y realiza todas las obras. Lo mismo no deja de exhortar en todas las cosas que son gratas o desagradables a Dios. Así dice Juan en su epístola²: "No tenéis necesidad de que ninguno os enseñe, puesto que la unción divina, es decir el espíritu de Dios, os enseña todas las cosas".

Sin embargo, no debemos desesperar si no nos libramos rápidamente de la tentación. De ningún modo debemos imaginarnos que nos dejará en paz mientras vivamos. Hemos de considerarla como una incitación y exhortación para orar, ayunar, vigilar, trabajar y para otros ejercicios de apagar la carne y sobre todo para practicar la fe en Dios y ejercitarla. Porque no es castidad preciosa la que se manifiesta por quieto sosiego, sino la que está en guerra con la deshonestidad y está luchando. Incesantemente expulsa todo veneno que instilan la carne y el espíritu maligno. Así dice San Pedro³: "Os ruego que os abstengáis de los deseos carnales y apetitos que batallan de continuo contra el alma". Y San Pablo, Romanos 6: "No obedezcáis al cuerpo en sus concupiscencias". En estos pasajes y otros parecidos se indica que nadie está libre de malos apetitos. Pero debe luchar continuamente contra ellos y tiene que hacerlo. Aunque esto traiga desasosiego y disgusto, es, no obstante, ante Dios obra grata. Con esto hemos de consolarnos y de conformarnos. Los que creen que con el tiempo puedan frenar tal tentación, sólo se encienden más. Aunque la tentación quede quieta por un tiempo, vuelve más fuerte por el otro lado y encuentra la naturaleza más debilitada que antes.

EL SÉPTIMO MANDAMIENTO

No hurtarás

[1.] Este mandamiento comprende también una obra que incluye en sí muchísimas buenas obras y se opone a numerosos vicios. Se llama generosidad. Es una obra que indica que cada cual debe estar dispuesto a ayudar y servir con sus bienes. No sólo lucha contra el hurto y robo, sino contra todo el menoscabo que uno pueda practicar en los bienes temporales con relación al otro, a saber, avaricia, usura, precios excesivos, engaño, el uso de mercaderías, medidas y pesas falsas. ¿Quién podría enumerar todos los ardides arteros, novedosos y sutiles que aumentan día tras día en todas las profesiones? Con ellos cada uno busca su ventaja en detrimento del prójimo. Se olvida de la ley que dice en Mateo 7:12: "Así que, todas las cosas que quisieras que los hombres hiciesen contigo, así también tú haz con ellos".

Quien tiene a la vista esta regla, cada cual en su profesión, comercio y negocio frente al prójimo, ya se dará cuenta cómo debe comprar y vender, tomar y dar, prestar y donar, prometer y cumplir, etc. Cuando observamos el mundo en su modo de ser, cómo la avaricia rige en todo el comercio, tendríamos suficiente que hacer no sólo para sostenernos con Dios y con honor, sino también sentiremos espanto y terror por esta vida peligrosa y mísera que está sobrecargada, enredada y prendida por la preocupación por el alimento temporal y por la tendencia de procurarlo deshonoradamente.

2. Por ello, no en vano dice el sabio: "Bienaventurado el rico que se halla sin mancha; que no corrió en pos del oro y no puso su confianza en tesoros de dinero. ¿Quién es? Alabármolo, porque hizo milagros en la vida"; quiere decir que no hay ninguno o muy pocos. Hasta hay muy pocos que adviertan y noten semejante sed de oro en sí. La avaricia tiene ahí un bonito tapujo

² 1ª Juan 2:27.

³ 1ª Pedro 2:11.

llamado alimento corporal y necesidad natural. Bajo este tapadillo procede desmedida e insaciablemente. El que en esto quiere mantenerse limpio, como él dice, debe realizar, por cierto, milagros y prodigios en su vida.

Ahora mira, quien quiera realizar no sólo buenas obras, sino también milagros que Dios alabe y que le agraden, no debe pensar mucho en otras cosas. Ha de cuidarse a sí mismo y tratar de no correr en pos del oro y de no confiar en el dinero. Más bien el oro tendría que correr detrás de él y el dinero esperar su merced. No debe amar el dinero y el oro ni adherir su corazón a ellos. De esta manera es el hombre generoso, milagroso y bienaventurado, como dice en Job 31: "No puse en oro mi esperanza y el dinero jamás fue mi consuelo y mi confianza". Y en el Salmo 62: "Si se aumentare la hacienda, no pongáis el corazón en ella". Así enseña también Cristo en Mateo 6: "No debemos acongojarnos por lo que comeremos, beberemos o con qué nos cubriremos, porque Dios provee y sabe que de todas estas cosas hemos menester".

Pero algunos dicen: "Bueno, confíate en ello, no te preocupe y veremos si te entra una gallina asada en la boca". No digo que nadie debe trabajar y buscar alimento, sino que no ha de preocuparse ni ha de ser avaro, no dudando que tendrá lo suficiente. En Adán todos hemos sido condenados al trabajo, cuando Dios dice, Génesis 3: "Con el sudor de tu rostro comerás el pan". Y Job 5: "Como el pájaro para volar, así el hombre nace para el trabajo". Los pájaros vuelan sin preocupación y avaricia. Lo mismo nosotros hemos de trabajar sin preocupaciones y avaricia. Pero si te preocupas y ansias que la gallina asada entre en tu boca, también preocúpate y ansia y fíjate que cumplas con el mandamiento de Dios y seas salvo.

3. La fe nos enseña por sí misma esta obra, puesto que cuando el corazón espera la merced divina y confía en ella, ¿cómo será posible que sea avaro y esté preocupado? Sin dudar, debe estar seguro de que Dios se preocupa por él. Por ello no se pega al dinero. Lo usa con alegre generosidad para el provecho del prójimo. Bien sabrá que tendrá lo suficiente por mucho que regalare, porque su Dios en que confía no le mentirá ni lo abandonará. Así dice el Salmo 37: "Mozo fui y he envejecido y jamás he visto que un hombre creyente que confía en Dios (es decir, un justo) quede desamparado o que sus hijos mendiguen pan". Por ello el apóstol no llama a ningún pecado idolatría, sino a la avaricia. Se conoce en la forma más patente por el hecho de no confiar en Dios y de esperar más beneficios de su dinero que de Dios. Pero por tal esperanza se honra y se deshonra a Dios, como queda dicho.

Por cierto, en este mandamiento se advertirá más claramente que todas las buenas obras han de andar en la fe y realizarse en ella. Ahí cada cual notará perfectamente que la causa de la avaricia es la desconfianza, la causa de la generosidad es la fe. Por la confianza en Dios el hombre es generoso y no duda de que siempre le alcanzará. En cambio, es avaro y está preocupado, porque no confía en Dios. Como en este mandamiento la fe es nuestro artífice e impulsor de la buena obra de la generosidad, lo es también en todos los demás mandamientos. Sin semejante fe, la generosidad no vale nada, sino es más bien un desidioso derroche del dinero.

4. En esto hay que saber también que esa generosidad ha de extenderse hasta los enemigos y adversarios. ¿Qué buena acción sería ser generoso sólo con los amigos?, como enseña Cristo en Lucas 6. Esto lo hace también un hombre malo con otro que es su amigo. Además los animales irracionales son bondadosos y generosos para con sus semejantes. Por ello, un cristiano debe tener fines más altos. Debe beneficiar con generosidad también a los malhechores que no lo merecen y a los enemigos desagradecidos y ser como el Padre en los cielos, que hace que salga el sol sobre buenos y malos y llueva sobre agradecidos y desagradecidos.

En esta ocasión se verá cuan difícil es realizar buenas obras conforme al mandamiento de Dios; cómo la naturaleza se rebela, se alza y se retuerce cuando haría ligeramente y de buen grado las propias buenas obras que ha elegido.

Por tanto, pon delante de ti tus enemigos, los desagradecidos, y hazles bien. Así sabrás cuan cerca y cuan lejos estás de este mandamiento y que durante toda la vida siempre tendrás que hacer con el ejercicio de esa obra. Si tu enemigo te necesita y tú no lo ayudas, si puedes hacerlo, es tanto como si hubieras hurtado lo suyo, puesto que estabas obligado a ayudarlo. Así dice San Ambrosio: "Alimenta al hambriento. Si no lo alimentas, lo habrás matado, en cuanto de ti depende". A este mandamiento pertenecen las obras de misericordia que pedirá Cristo en el día del juicio.

No obstante, los señores y las ciudades deberían vigilar que se prohíban los vagabundos, los peregrinos de Santiago de Compostela y los mendicantes foráneos, o sólo se admitan mesurada y ordenadamente para que no anden vagando los pillos bajo el nombre de la mendicidad y no se les permitan las bribonadas que hoy abundan. Más explícitamente he tratado de las obras de este mandamiento en el sermón sobre la usura.

EL OCTAVO MANDAMIENTO

No hablarás contra tu, prójimo falso testimonio

[1.] Este mandamiento parece nimio. No obstante, es tan amplio que para cumplirlo bien es preciso arriesgar y exponer el cuerpo y la vida, los bienes, la honra, amigos y cuanto se tenga. Sin embargo, sólo comprende la obra de un pequeño órgano, la lengua, y se llama decir la verdad y contradecir la mentira cuando haga falta. Por tanto, en este mandamiento se prohíben muchas malas obras de la lengua. Primero, las que se cometen hablando, segundo, las que se efectúan callando. Hablando: cuando uno tiene en los tribunales una causa injusta y quiere probarla y promoverla con fundamentos falsos. Con astucia trata de sorprender al prójimo; de proponer cuanto favorece y fomenta su causa; de callar y denigrar todo lo que apoye la buena causa del prójimo. En esto no procede con su prójimo como quisiera que lo trataran a él. Algunos lo hacen por el lucro; otros, para evitar ignominia y deshonra. Con ello buscan más lo suyo que la observancia del mandamiento de Dios. Se disculpan diciendo: *Vigüanti iura subveniunt* (el derecho ayuda a quien vigila), como si no tuviesen la misma obligación de vigilar por la causa del prójimo como por la propia. De esta manera, a propósito hacen sucumbir la causa del prójimo, aunque sepan que es justa.

Este mal está ahora tan difundido que temo que no haya ni juicio ni pleito en los cuales no peque una parte contra este mandamiento. Aunque no lo consigan, tienen, no obstante, la mala intención y voluntad de ver sucumbir la buena causa del prójimo y prosperar la mala propia.

Sobre todo se comete este pecado cuando el adversario es un gran señor o enemigo. Uno quiere vengarse con esto en el enemigo. Pero a nadie le agrada tener por adversario al gran señor. Entonces empiezan a adular y lisonjear o, por lo menos, a callar la verdad. Nadie quiere atraerse la malevolencia y el desfavor, perjuicios y peligros a causa de la verdad, con lo cual se hace sucumbir el mandamiento de Dios. Casi es así como se gobierna el mundo. Quien quisiera oponerse a esto, sobradamente tendría que hacer con las buenas obras por realizarse sólo con la lengua. Además, ¡cuántos hay que por obsequios y dádivas se dejan inducir a callar y a apartarse de la verdad! Por cierto, en todas partes es una obra sublime, grande y rara no ser falso testigo contra el prójimo.

2. Empero, hay otro testimonio de la verdad que es aun más sublime y por el cual hemos de luchar contra los espíritus malignos. No se suscita por causas temporales, sino por el evangelio y la verdad de la fe, que nunca jamás gustaron al espíritu maligno. Por eso siempre

dispuso así que los poderosos del pueblo se opusieran, emprendiendo persecuciones, de modo que resultara difícil la resistencia contra ellos. De esto se dice en el Salmo 81: "Librad al pobre del poder del injusto y ayudad al desamparado a mantener su justa causa". Ahora esta persecución se ha vuelto rara. La culpa es de los prelados eclesiásticos que no despiertan el evangelio, sino lo hacen perecer. De esta manera han debilitado la causa, por la cual debería producirse semejante testimonio y tal persecución. En cambio, nos enseñan sus leyes propias y lo que les plazca. Por ello, el diablo se mantiene quieto, siendo que por el abatimiento del evangelio, también abate la fe en Cristo, y todo ancla como él quiere. Mas si se despertase el evangelio y se hiciese oír nuevamente, sin duda, otra vez se conmoviera y se agitaría todo el mundo. Principalmente los reyes, los príncipes, los obispos, los doctores, los eclesiásticos y cuanto es grande se opondrían y se volverían furiosos. Así sucedió siempre cuando salió a la luz la palabra de Dios. Al mundo no le agrada lo que viene de Dios. La prueba está en Cristo, que era y es lo más grande, lo más amado y lo mejor que tiene Dios. No obstante, el mundo no sólo no lo recibió, sino que lo persiguió más terriblemente que todo lo que alguna vez vino de Dios. Por tanto, como en aquella época, en todos los tiempos hay pocos que ayuden a la verdad divina y expongan y arriesguen el cuerpo y la vida, los bienes y la honra y cuanto tienen, como predijo Cristo: "Seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre". Asimismo: "Muchos se escandalizarán por mí".

Si esta verdad fuera impugnada por labriegos, pastores, mozos de cuadra y gente sencilla, ¿quién no la confesaría y la testimoniaría? Empero, cuando el papa, los obispos con los príncipes y reyes la acometen, todo el mundo huye, calla y disimula para no perder los bienes, la honra, el favor y la vida.

3. ¿Por qué lo hacen? Porque no tienen fe en Dios y no esperan nada bueno de él. Donde existen esta confianza y esta fe, hay un corazón valeroso, gallardo e impertérrito que acude y ayuda a la verdad, aunque le cueste la vida o la capa, aunque se dirija contra el papa o los reyes. Vemos que así lo hicieron los amados mártires. A tal corazón basta y halaga el tener un Dios clemente y benévolo. Por ello menosprecia el favor, la merced, los bienes y la honra de todos los hombres; deja ir y pasar lo que no quiere permanecer. Así está escrito, Salmo 15: "Desprecia a los que desdeñan a Dios y honra a los píos". Es decir, no teme a los tiranos, los poderosos, los que persiguen la verdad y desestiman a Dios. No los mira, los desaira. En cambio, se une a los que son perseguidos a causa de la verdad y temen a Dios más que a los hombres. Los auxilia, los estima, los honra, que desagrada a quien disgustare. Así se dice de Moisés, Hebreos 11, que ayudó a sus hermanos sin preocuparse del poderoso rey de Egipto.

Pero mira, en este mandamiento ves en forma breve que la fe ha de ser el artífice de esta obra. Sin ella nadie está en condiciones de obrar. Tanto quedan fundamentados en la fe todas las obras, como muchas veces se dijo.

Por consiguiente, fuera de la fe todas las obras están muertas, por mucho que brillen o se llamen como quieran llamarse. Nadie hace las obras de este mandamiento, si no permanece firme e impertérrito en la confianza en la merced divina.

De igual modo, tampoco hace ninguna obra de todos los demás mandamientos sin esa misma fe. Así, cada cual fácilmente se puede tomar una prueba y una medida si es cristiano y cree rectamente en Cristo y si realiza buenas obras o no. Ahora vemos que Dios todopoderoso no sólo nos propuso al Señor Jesucristo para creer en él con semejante confianza, sino que estableció en él un ejemplo de la misma confianza y de tales buenas obras para que creamos en él, le sigamos y permanezcamos en él eternamente; así dice en Juan 14: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". El camino, por el cual le seguimos, la verdad para creer en él; la vida, para vivir en él eternamente.

De todo ello, ahora es evidente que todas las otras obras, no mandadas, son peligrosas y fáciles de conocer, como son: edificar iglesias, adornarlas, peregrinar y todo lo que se describe en el derecho canónico de tan variada manera. Todo lo cual ha seducido al mundo, lo ha sobrecargado, destruido y ha inquietado la conciencia; ha callado la fe y la ha debilitado. Aunque el hombre abandone todo lo demás, tiene bastante que hacer con los mandamientos de Dios con todas sus fuerzas. Jamás puede realizar todas las buenas obras que le han sido mandadas. ¿Por qué, pues, busca otras que no le hacen falta y no le han sido mandadas, abandonando las necesarias y ordenadas?

Los dos últimos mandamientos,

que prohíben las malas concupiscencias del placer corporal y de los bienes temporales, son patentes por sí mismos y no perjudican al prójimo» Pero así también perduran hasta el sepulcro. La lucha contra estas concupiscencias permanece en nosotros hasta la muerte. Por ello, San Pablo reunió en uno estos dos mandamientos, Romanos 7, asignándoles un solo objetivo, el cual no alcanzamos pero que lo tenemos presente hasta la muerte. Nadie jamás fue tan santo que no hubiera sentido en sí la inclinación mala, máxime cuando estaban presentes la causa y la incitación, puesto que el pecado hereditario inherente en nosotros por naturaleza, puede ser mitigado, pero nunca extirpado del todo, sino por la muerte corporal, la cual por ello es útil y deseable. ¡Que Dios nos ayude! Amén.

**SE TERMINÓ DE DIGITALIZAR POR
ANDRES SAN MARTIN ARRIZAGA. OSORNO, 4 DE ENERO DE 2007.**